

La Esfera

Año VI  Núm. 272

Precio: 60 cénts.



RETRATO, por J. Gárate



Los caballeros cuyo cutis se irrite al rasurarse,

obtienen alivio y confort instantáneo aplicando un poco de "Nieve 'Hazeline.'"

Pone la piel suave y atractiva.

En todas las Farmacias y Droguerías

Burroughs Wellcome y Cia., Londres

La "Nieve 'Hazeline'" no es grasienta. Aquellas personas cuyo cutis requiera una preparación grasienta deberían obtener la Crema 'Hazeline.'

S.P. 1565

All Rights Reserved

ALFONSO

FOTÓGRAFO

Tuencarral, 6 Madrid



No debes aspirar á gloria ni grandeza cuando ellas puedan labrar tu desventura; debes oponer un escudo á tu belleza usando los productos PECA-CURA.

Jabón, 1,40.—Crema, 2,10.—Polvos, color moreno (siete matices), rosa ó blanco, 2,25.—Agua cutánea, 5,50.—Agua de Colonia, 3,25, 5, 8 y 11 pesetas, según frasco.

PROBAD los jabones, **PROBAD** los polvos color moreno (siete matices), rosa ó blanco, serie "IDEAL", perfumes: ROSA DE JERICO, ADMIRABLE, MATINAL, ROSA, GINESTA, CHIPRE, ROCIO FLOR, MIMOSA, VERTIGO, ACACIA, MUGUET, CLAVEL, VIOLETA, JAZMIN

3 pesetas pastilla; 4 pesetas caja. **NINGUNO** los supera, **NINGUNO** los iguala en perfume, c. ase ni presentación.—Últimas creaciones de **Cortés Hermanos, BARCELONA.**

150.000 pesos oro entrégase á caballero serio que despose señorita 19 años, inteligente é instruida, para evitar escándalo social, marchando al Extranjero. Escribid: Matrimonial Club of New York, Porto. Contéstanse todas las cartas, observándose absoluta reserva. Franquead carta 25 céntimos; igua mente respuesta.

ANTI EPILEPTICO DE LIEJA

suprime las crisis,

CURA TODAS LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS
Frlleto r rlvito - Dr FANYAU, Farmco. LILLE, Franci

TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS
DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 65 al 70 **BARCELONA**
Despacho: Unión, 21

Para perfumar la boca
DENTALINA
Para conservar la dentadura
DENTALINA
1,25 ptas. frasco
CARMEN, 10, ALCOHOLERA

SE VENDEN

los clichés usados en esta revista.
:: Dirigirse á Hermosilla, 57 ::



PECHOS

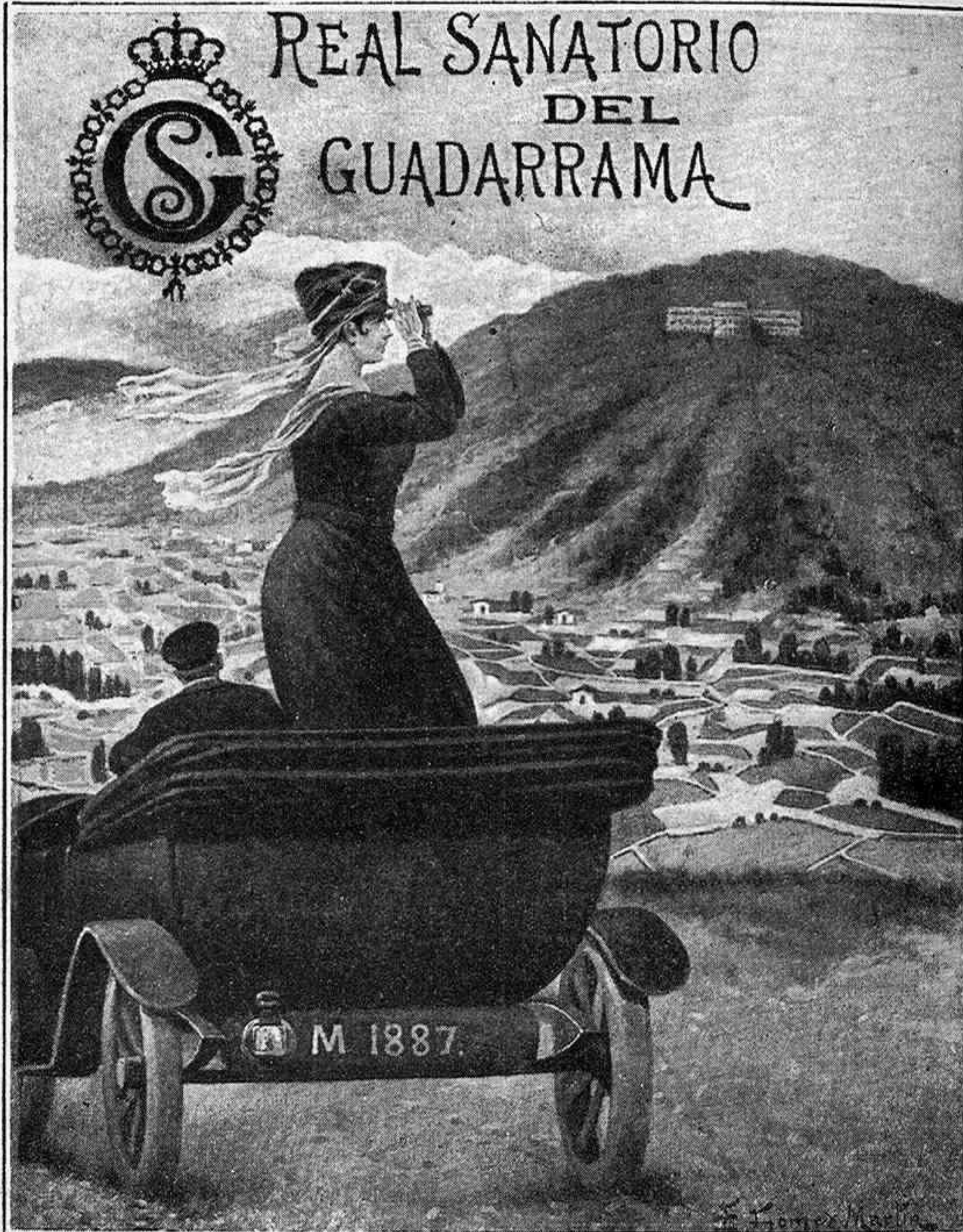
Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos meses con **PILDORAS CIRCASIANAS**, Doctor Brun. Inofensivas. Recomendadas por eminencias médicas. 27 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 pesetas frasco. MADRID, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín. ZARAGOZA, Jordán. VALENCIA, Cuesta. GRANADA, Ocaña. SAN SEBASTIAN, Tornero. MURCIA, Seiquer. VIGO, Sádaba. VALLADOLID, Llano. JEREZ, González. SANTANDER, Sotorrio. SEVILLA, Espinar. BILBAO, Barandiarán. CORUNA, Rey. TOLEDO, Santos. LAS PALMAS, Lleó. MALLORCA, «Centro Farmacéutico». HABANA, Sarrá. CIENFUEGOS, Farmacia «Cosmopolita». TRINIDAD, Bastida. PANAMA, «Farmacia Central». CARACAS, Daboin. SANTO DOMINGO, Fiallo. QUITO, Ortiz. MANAGUA, Guerrero. BARRANQUILLA, Acosta. Mandando 6,50 pesetas sellos á Pousarxer, Marqués Duero, 84, apartado 481, BARCELONA, remítete reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito. *Desconfiad de imitaciones.*



A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van siempre acreditados en forma que no quede duda de la legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato alguno con quienes no tengan autorización reciente, carnet de identificación de la casa, sellado con el sello de la misma y firmado por el Administrador Delegado, ni satisfagan el importe de los recibos que les presenten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, garantizados sus intereses por nosotros, que no podemos responder de más gestiones que de las encomendadas á nuestros representantes debidamente autorizados.



REAL SANATORIO DEL GUADARRAMA

PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA
Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel del mar.—Mayor sequedad de atmósfera y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.—Abierto todo el año.
Para informes y admisión, dirigirse al S. Dir. ct. r-Granje, D. Luciano Barajas y de Vilches, Hortaliza, 132, Madrid

Lea Ud. todos los miércoles **MUNDO GRÁFICO**



Para Viajes, Excursiones, Meriendas, Cacerías, etc., no olvidar la Mortadella "SIBERIA"

La Esfera

Año VI.—Núm. 272

15 de Marzo de 1919

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



ATENEOS
BIBLIOTECA
MADRID *

LA INVÁLIDA

Dibujo de Angel Cerezo Vallejo

CÁMARA FOTO.

DE LA VIDA QUE PASA
LA ELEGÍA DEL CANARIO

HUBO un poeta bonachón á quien se le murió un canario-flauta que tenía en gran estima. Reinaba María Antonieta, la Venus austriaca, cuando acaeció este grave suceso en la vida mansa de nuestro poeta. Vivía en un barrio apartado de París, y decidió encerrarse en su casa para componer una sentida elegía en memoria de su canario.

Fué una pieza poética bastante extensa. Cinceló primorosamente las rimas, hizo toda suerte de retóricos malabarismos con las palabras y, al cabo de seis meses de trabajo, puso su firma al final de las múltiples hileras de renglones cortos. El poeta respiró satisfecho; su canario estaba llorado muy poéticamente.

Durante su aislamiento se desarrollaron los más sangrientos episodios del «Terror».

El poeta, que no se había enterado de nada, llevó al *Mercurio* la elegía del canario, creyéndola de gran interés patético, cuando á diario centenares de cabezas humanas caían en el cesto de Maese Guillotin.

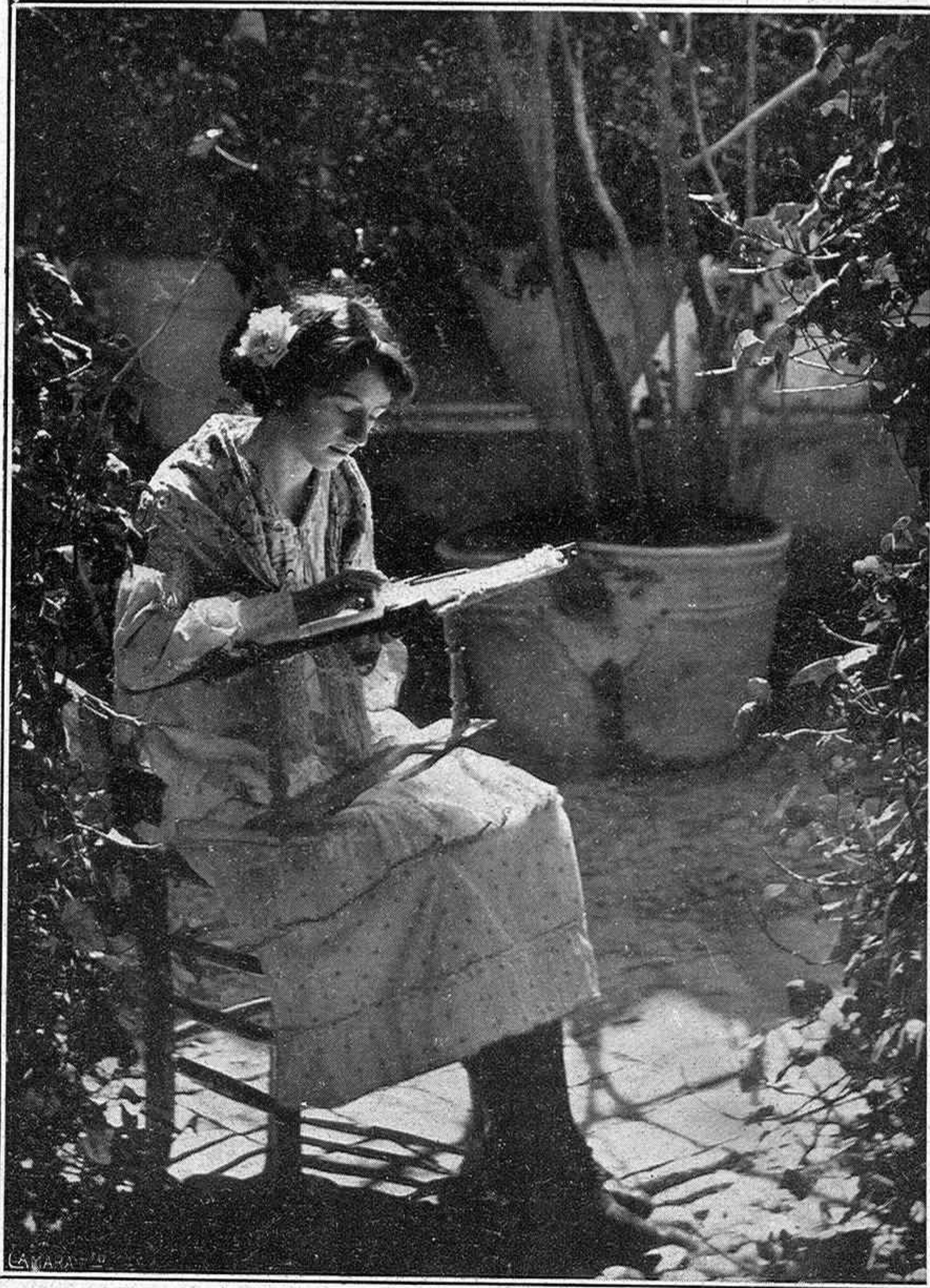
A mí me sucede un poco lo que á este poeta. En los cuatro años de la guerra he estado muy distraído haciendo elegías á los canarios-flautas, y no me he enterado de nada. Sabía que la muerte y el diablo se folgaban copiosamente al calor de la hoguera del mundo, y que se estaba escribiendo la página más abominable para la Historia de la locura de la Humanidad.

Realmente, las agencias telegráficas hubieran contribuido á mi confusión; los aliados y los imperiales obtenían idéntica victoria en la misma batalla, según las conveniencias subterráneas de las fuentes informativas que llegaban á calmar mi curiosidad. Esta era una broma demasiado pesada.

Decidí, pues, dedicarme á la filosofía esotérica y al noble juego de carambolas.

Después de una gran serie de retrocesos y de recodos de fraile, abro un ojo á la realidad exterior y me encuentro con una divertida batuda de reyes. Esto ya empieza á interesarme. Es la voz potente y magnífica de los pueblos la que se oye por encima de las fronteras. No es la sirena falaz de la diplomacia, ni el bárbaro rugir de los cañones. Este concierto le place más á mis orejas de hombre pacífico y civil.

BORDANDO AL SOL



Chiquilla bonita de bucles de oro,
inclinada y triste sobre el bastidor.
¿Qué empresa de amores, qué cifra de Ensueño
tus ágiles dedos bordan bajo el sol?

Tiene tu figura toda vaporosa
que nimba el encanto de la clara luz,
el vago perfume de un cuento de Hadas
en el que te adora tu príncipe azul.

Yo sé la legenda de pálidas niñas
que bordan, llorando por un pobre amor,
y al pasar la aguja por el fino lienzo
es cual si pinchasen en su corazón.

Pobres pastoreillas de los áureos cuentos
que bordáis soñando con el Ideal...
¡No bajéis los ojos cubiertos de lágrimas,
que el príncipe vuestro también llegará!

Chiquilla bonita de bucles de oro,
inclinada y triste sobre el bastidor...
¡Dive la alegría de tus quince años,
porque es primavera, porque es rojo el sol!...

Manuel F. LASSO DE LA VEGA

Este encantador no enterarse de nada me ha librado acaso de las violencias de la pasión. De este hervidero enconado de filias y fobias surjo ingenuamente, espectador ecuaníme, aunque dolorido, del monstruoso asesinato de tantas floridas juventudes. Ninguna fobia se retuerce en mi alma; únicamente el amor sereno y ungido de compasión para los que duermen bajo las sábanas de la tierra, para todos los huérfanos del mundo, para las madres dolorosas, con el pecho atravesado por los siete puñales.

No influye en mi sentimiento que los muertos sean germanos, los huérfanos belgas ó las doloridas mujeres inglesas ó turcas. En mi geografía sentimental no hay fronteras. Es el dolor humano que se retuerce ante mis ojos por siglos de siglos, multiforme Prometeo amarrado al potro de la crueldad, de la locura y del crimen como por una maldición oculta y milenaria.

Y, como no me he enterado de nada, me he librado, ¡oh, felicidad!, de leer los artículos de los críticos de guerra, esos hombres terribles que anunciaban la probable destrucción de millares de hombres con la misma frialdad de la del ajedrecista, que calcula las jugadas ante el tablero.

¡Germanófilos, aliadófilos! El momento es un vendaval de pasiones enconadas, el mundo es como un cadáver donde la materia se desborda, falta de la mónada directriz.

Las testas coronadas tienen trágicas pesadillas en las doradas alcobas de sus palacios. A nuestro rincón llegan salpicaduras de la putrefacción mundial, y se plasman los odios violentos en esta hora que debiera ser de la piedad universal.

Más allá del tiempo y del espacio, Shakespeare, Goethe y Hugo se funden amorosamente á la serena y dorada luz del Eliseo.

Son la eternidad del genio humano sobre las divisiones geográficas, sobre los crímenes de los ejércitos, sobre los rojos odios de esta hora siniestra de la Historia.

El poeta que escribió la elegía del canario, durante el «Terror», fué superior á sus contemporáneos; su pluma no se manchó con el fango del odio, ni sus manos con la sangre fraterna.

EMILIO CARRÉRE

CUENTOS EXTRANJEROS

UNA PIERNA POR UNA MUJER

HAY doctores que tienen la especialidad de agravar la enfermedad de sus clientes y que les dan de alta dejándoles mucho peor que antes del tratamiento.

No era éste el caso del célebre cirujano Evaristo Rousseau. Cuando el paciente salía de sus manos, ó era un cadáver ó se había curado por completo. No se crea que el maestro fuera torpe ó distraído. ¡Nada de eso! Tenía sus manías y nada más; era preciso serle simpático, tener cierto *esprit*. Un chiste á tiempo, una broma oportuna y... os cortaba un miembro cualquiera sin inmutarse. Puede asegurarse que ciertas personas experimentaban evidente placer dejándose cortar por el sabio doctor, entusiasmadas con su sonriente erudición. Pero ¡desgraciado del que le era antipático! Más de veinte veces, de cada treinta, estropeó, para siempre, á los babei-cas é imbéciles que no supieron distraerle de su austera labor científica.

Como pueden ver ustedes era un hombre encantador.

Cierta día, en que estaba leyendo á Courteline asomado al balcón de su hotel, un hombre de aspecto correcto y grave subió la escalinata y llamó.

El doctor Rousseau había dado á su gente la más rigurosa de las consignas: «Trabajo, y no estoy en casa para nadie.» Por eso cuando Rosalía fué á abrir la puerta mostróse inflexible. Pero el visitante era uno de esos ingleses, regocijantes y tenaces, á los que no hay más remedio que recibir. Sólo dijo una palabra: «Esperaré»; y, ante el asombro de Rosalía, se sentó sobre el limpiabarros.

A ella le vino la idea de requerir el auxilio de la fuerza pública representada por un guardia jurado que se pasaba el día «soplando» el vino de la bodega del doctor y sólo abandonaba la tarea al irse á la cama, por miedo—según él—de verse mezclado en asuntos desagradables. La idea de tener que buscar al pacífico funcionario y arrastrarle á la fuerza hacia el domicilio del doctor, impidió á Rosalía pasar el Rubicón, río famoso que baña la riente villa veraniega. Cerró la puerta—no sin dar un portazo enorme—y corrió á refugiarse en la cocina. Pero el inglés, que se aburría, sacó, para distraerse, su pipa de brezo de Escocia, y empezó á dar golpes á la puerta, regular y metódicamente: uno, dos, tres, cuatro, cinco... y así durante cuarenta y cinco minutos, sin perder el compás.

Finalmente el doctor Evaristo Rousseau exasperado, consintió en recibirle.

El inglés le disparó, á boca de jarro, estas palabras:

—Corte usted la pierna de mí.
—¿Cuál?—preguntó el cirujano.



La derecha.

Rousseau palpó, resiguió, le hizo que contrajera veinte veces los músculos de la pierna condenada á extirpación, le dió, con el solitario de su sortija, en la rótula, para observar los nervios reflejos, y declaró que la pierna no podía estar más sana de lo que estaba y que él no la cortaría ni á tiros. Luego, al levantar los ojos para ver qué cara ponía el inglés, vió que éste le apuntaba con una *browning*.

—Señor inglés, eso que usted intenta hacer no está ni medio bien.

—Corte usted—replicó el insular alargando la pata.

—No cortaré aunque vea detrás de usted un regimiento entero.

—¡Oh! Ser valiente osté. Pero yo dar veinte mil libras esterlinas...

—¡No!

—Veinticinco mil.

—De ninguna manera.

—¡Oh!..., bien, yo daré cincuenta mil libras esterlinas.

—Que no corto. Si yo le cortase á usted la pierna, le cobraría al precio de tarifa: diez mil francos.

—Bien. Yo daré...

—Pero, caballero... ¿Con quién tengo el honor de hablar?

—¡Oh! Sir James Smithson—y le alargó su tarjeta.

Los dos hombres se saludaron. Cumplida esta ley de cortesía, Smithson, que no había soltado la pistola, dijo al doctor:

—Si usted negarse, yo disparar sobre la pierna de mí.

—De buena gana voy á complacerle; pero tenga usted la bondad de decirme la causa de esa mutilación voluntaria...

—No decir ni palabra. ¡Corte osté!

—Peor que peor. ¡Allá usted! Bueno. Yo voy á cortar.

El súbdito de la Gran Bretaña no quiso ni oír hablar de narcóticos. Se tumbó en la mesa de operaciones, llenó la pipa, la encendió y se pasó fumando todo el tiempo que duró la operación. Una vez ésta terminada, se guardó la pipa en el bolsillo, diciendo:

—¡Ah! Eso rejuvenece.

Luego pagó el precio convenido y dijo simplemente: —*Good evening*—mientras se lo llevaban en unas angarillas hacia la ciudad.

Dos años después, el doctor leía *Las amputaciones célebres*, obra, á la sazón, de gran éxito, cuando la doncella fué á anunciarle que acababa de entrar mister Smithson.

—¡*Good by*, doctor Rousseau!—dijo el inglés—. Osté debe perdonar si mi tomar en seguida asiento; tiene la culpa esta maldita pierna de palo... Osté ver que soy más razonable que la otra vez.

—En efecto...

—Ahora quiero decir á osté por qué me hice cortar la pierna... Mi haber encontrado en el *five o'clock* de un amigo miss Edith Primrose, mujer espléndida. Ella tener pierna de madera é no querer hombre con dos piernas. Entonces yo hacérmela cortar. Me casé con ella, y dos semanas después se largó con mi chófer... Sér detestable.

—¡Qué quiere usted, amigo mío! Le costó á Adán una costilla hacerse con Eva, y todavía ella le estafó la manzana. Es una lástima que antes de la operación no me hubiese usted comunicado sus proyectos amorosos, porque entonces le hubiese yo dado un buen consejo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué consejo haberme dado osté?

—Bien sencillo; cortarse, por una mujer, todo lo susceptible de crecimiento: uñas, cabellos, barba, esos grandes bigotes que tiene usted... Pero nada más—entiéndase bien—, nada más, aunque su sueño de amor hubiese tomado la forma de la mismísima diosa Venus.

FERNAND SARNETTE

IBUJO DE PENAGOS

MONUMENTOS SEVILLANOS



Detalle del Alcázar de Sevilla

FOT. CAMPÚA

SIEMPRE son de palpitante actualidad las obras artísticas, los grandes monumentos que en las viejas naciones del mundo dejó el genio creador de otras edades para recuerdo de su gloria y maravilla de las generaciones siguientes.

Y siendo esto cierto, nunca lo es más, ni está mejor aplicado, que cuando se habla de Sevilla, gentil ciudad de la gracia y de la luz, que tiene la magia de unir a la musicalidad grata de su nombre un recuerdo y un suspiro de quienes gozaron la dicha de conocerla y un deseo ardiente, mezcla de inquieta curiosidad y de positivo inte-

rés, de aquellos otros que supieron de ella por las voces de su fama, por las descripciones luminosas de la crónica y del libro ó á través de una entusiasmada referencia.

Decir Sevilla es decir sugestión, galanura, arte, emotividad, sentimiento y leyenda. Sobre sus deliciosos jardines, donde el misterio de sus estanques dice brillantes estrofas á la inspiración de los poetas; sobre la vibrante policromía de sus flores, que son un triunfo de color y de perfumes, flota siempre, como una caricia, el ambiente de la población y el abolengo limpio

de su nobleza que perdura á lo largo de los tiempos en las páginas de la Historia.

En esta época primaveral, llena de encantos y de atractivos, la ciudad mora se viste de fiesta, y con el atavío de sus galas mejores se brinda como una novia apasionada y risueña al vivo afán del turista.

Y en procesión numerosa de entusiasmados y adoradores se le rinde anualmente, por los visitantes del orbe todo, el homenaje que merece su belleza sin semejanza y su aristocrática y sutil espiritualidad.



Champán triste.

Has dejado la copa y sientes todas las burbujas que antes hervían en ella, subirte desde el fondo del alma al cerebro; sin embargo no estás alegre... Deseaste esta fiesta durante muchos días, en las horas de ocio, en los insomnios cargados de abstractos anhelos, y nada en la fiesta te defrauda: colores, formas, frases y risas no son sino copia viva de la visión que el ansia anticipó. ¿Por qué, pues, no gozas del ensueño logrado? Has oído lisonjías, has sentido el leve y espinoso roce de la envidia, has escuchado vehemencias y palabras de galantería nunca oídas y ya incomprensiblemente viejas; has entrevisto en algunos ojos de hombres una llama turbia, desconocida y presentida, que asusta y atrae. ¿Por qué ese mohín triste y esa niebla de melancolía en toda tu cara? Sin duda fué el calor, el jadear del baile; acaso el influjo romántico del vals... Pero no, tiene la culpa ese líquido de oro en donde todos buscan el olvido ó el júbilo. Bien se nota; no tienes costumbre de sentir en tu boca su trémula aspereza y de resistir á la actividad que lleva á las venas, al pensamiento y al rincón recóndito de las audacias... Ah, ¿lo ves? No me mires con susto ni dilates tus naricitas olfateando un misterio. Tu secreto era fácil; bastaba fijarse en la humedad de esas dos gotas de noche con que contemplas la vida; bastaba un poco de experiencia... Adivinar es casi siempre recordar... Sin que tiendas la mano como en la

ceremonia clásica puedo deletrear tu secreto... Mirame de frente, no necesito acercarme mucho si te da miedo; basta con que no me extravíe en el laberinto de tus pupilas y pueda encontrar uno de esos caminitos que van derechos al corazón... Así... Ya está.

Al hallarte en la fiesta, tu dicha se te antojó de pronto demasiado fofa, y quisiste gustar el licor que acelera el ritmo de la vida... ¡Cuántas felicidades se malogran así! El primer sorbo fué delicioso; tus labios húmedos se juntaron varias veces golosamente para retenerlo y el paladar sintió una sensación extraña, mitad de caricia, mitad de castigo... De pronto, cual si la atmósfera en la vida, en el recuerdo y en la inteligencia se tornase límpida hasta lo inverosímil, viste todo más claro, rememoraste escenas lejanas con una precisión de super-realidad y adquiriste de hechos y personas un juicio tan justo que casi te dió miedo... Miraste orgullosa el fondo de la copa y volviste á beber... Era la copa de la sabiduría: cada burbuja una revelación... Mas después de este sorbo la mirada espiritual, no teniendo ya nada externo donde clavarse, se volvió hacia ti misma... y entonces fué cuando en tu boca se insinuó el rictus y cuando de la sombra de tus párpados cayó hasta tu cuello esa niebla que ahora te ennoblece y te entristece... Observaste en un espejo tu hermosura y pensaste: «Soy una fuerza de Dios en el mundo, pero nada puedo para mi

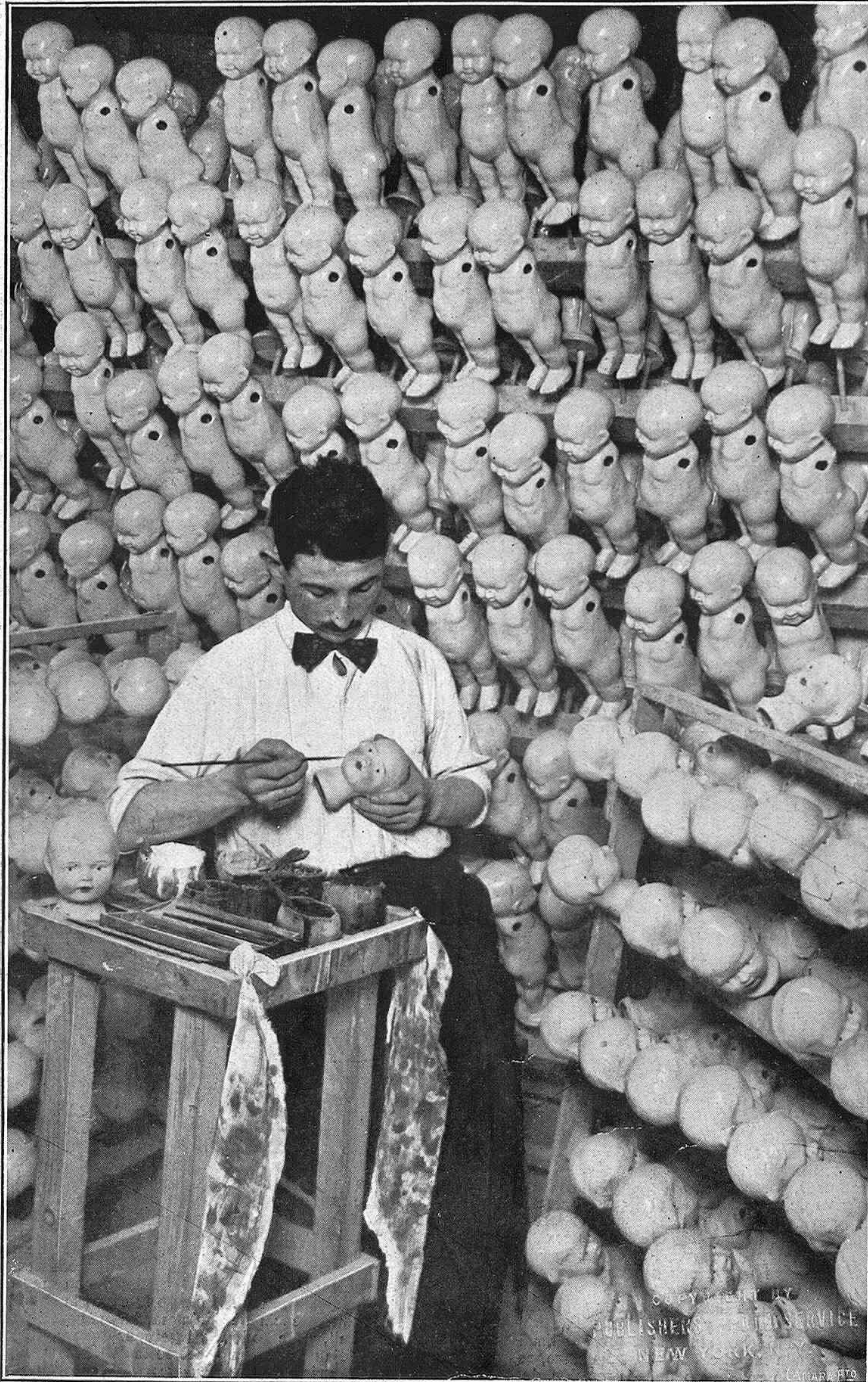
misma: mi destino depende de otros y se me entregará casi hecho cuando sea tarde ya; mi poder de fascinación sale de mí y me deja débil, indefensa, inerte contra mil asechanzas hacia las cuales me llevan instintos oscuros y obstáculos harto violentamente puestos por la social torpeza; se me cierran las puertas y he de entrar en el saber por ventanas furtivas; soy cual un brillante con alma, temeroso de caer en manos plebeyas, cual una flor consciente de su virtud efímera, cual una fuente que tuviera sed.»

Todo esto pensaste por vez primera en tu existencia; y con maquinal ademán llenaste de nuevo la copa, la apuraste de un sorbo y, como si aguardaras el efecto de un veneno, esperaste... El galopar de ideas huyó de tu cerebro, las luces se multiplicaron, las burbujas de oro trocáronse en plomo y pesaron sobre tu cabeza... Quisiste levantarte para ir al salón, donde los bailarines parecían quietos mientras los muebles cercanos oscilaban, y no pudiste... Y así transcurrió mucho tiempo, uno de esos minutos llenos de eternidad. Con los ojos cerrados, olvidada del mundo, asiéndote de tiempo en tiempo á la vida en el primer naufragio de ilusiones, sólo por el sabor acre que persiste en tu boca y por esta idea que es una mancha tan negra como tus ojos en tu alma: «¡Pobre de mí, que no soy sino lo que parezco á los demás!»

DIBUJO DE RIBAS A. HERNÁNDEZ CATÁ

HABLANDO CON NENITA

De la muñeca alemana á la muñeca yanqui



Obreiro pintando cabezas en una fábrica de muñecas neoyorquina

Es verdad, nenita. Le han cambiado la sonrisa á tu muñeca. Cuando seas mayor, cuando hayas pasado los primeros años de tu niñez, y comiences á chapurrear el francés con las hermanas del *Sacre Cœur* y el inglés con la *miss*, venida de sabe Dios dónde y aceptada sin previa búsqueda de antecedentes penales— que en todo rendimiento extranjero no cambia la moda española —, comprenderás toda la gravedad de este suceso. Le han cambiado la sonrisa á tu muñeca, porque ha habido una granguerra en el mundo. Para que tu Pepona te mire de reojos, y no frente á frente con mirada serena y candorosa como antaño, y para que te tuerza el lindo hociquillo rojo con un mohín picaresco, ha sido preciso que se maten en los campos de batalla siete millones de hombres, que se gasten miles de miles de millones en armas y municiones, que se hayan destruido centenares de ciudades y arrasado bosques centenarios y hundido en las entrañas del mar millares de buques y huído á través de leguas y leguas muchedumbres hambrientas. Para que tú, nenita, tengas esa muñeca, muchos niños se quedaron sin padre; otros enloquecieron de terror ante el estruendo de los cañones, ante el incendio y ante la efusión de

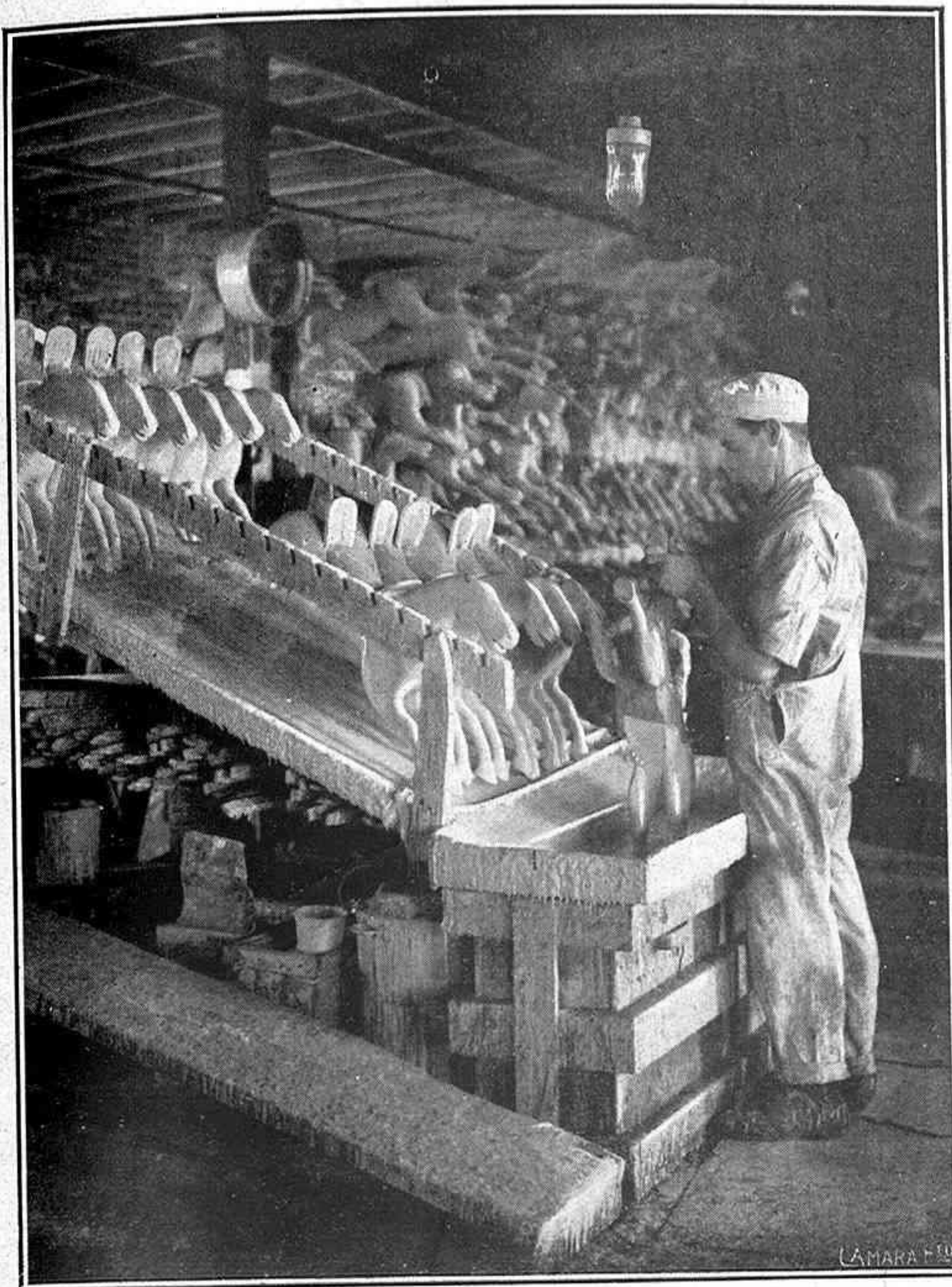
sangre. Es triste todo eso, pero así rige á la Humanidad un fatalismo providencial. Cada transformación, cada mejora, cada adelanto, cada comodidad representa el sacrificio de muchos hermanos nuestros.

No te entristezcas por eso. Si se escribiera la historia de la muñeca, sería como un calco de la historia universal, rimbombante de vanas gran-

muñecarro primitivo, sino una linda mujercita, con los miembros articulados y los ojos móviles. Sujetaba su fingida cabellera una caperuilla de oro puro, y ceñía su túnica en la cintura un áureo cíngulo cerrado por un broche formado por una piedra preciosa donde la luz brillaba misteriosa, como en la pupila mágica de un gato.

dezas y retumbante de batallas, que dentro de poco te obligarán á aprender las buenas madres.

En no recuerdo qué museo, acaso uno de los que ha destruido la guerra, acaso el admirable *Ermitage* de San Petersburgo, vandalizado por los igualitarios bolcheviques, se conservaba una muñeca, encontrada junto á la momia de un sepulcro egipcio. Era la momia de una princesa ó de una infanta, que diríamos hoy; acaso de la que salvó á Moisés en el Nilo; acaso de la que vió á José subir del calabozo á la cámara real. Era, sin duda, una princesa buena, porque su muñeca no tenía chafadas las narices, ni arrancados los dedos, ni despanzurrada la barriguilla. Y maravíllate, nenita, no era una Pepona tosca, coloradota y rígida, como las que hacen los humildes figureros de la calle del Amparo ó de la Arganzuela; no era un



Una fábrica de caballos de madera



Señoritas vistiendo muñecos

Cuando apareció esta imagen en el fondo de una pirámide, viva en sus líneas y en sus colores, vencedora de veinticinco siglos, los sabios armaron desacordada baraúnda. Egiptólogos, arqueólogos y paleógrafos disputaban fieramente queriendo averiguar qué nueva diosa del panteísmo egipcio era, tanto más sorprendente cuanto que no tenía yuxtaposición de otro animal que no fuese la hembra del hombre. Y fué una niña, una niña apasionada y vivaraz como tú, quien descifró el misterio; una niña que acompañaba á su madre, visitando el museo, donde los sabios estaban ensimismados en la vacuidad de su saber, y que gritó, con un alarido de voluntad imperativa como el del personaje de Ibsen, que pide el sol: «Mamá, dame esa muñeca!» Los sabios se habían olvidado de que en Egipto también había niñas, para quienes las cunitas con sus telas blancas y las muñecas demofletes sonrosados y posaderas carnosas, eran el misterio milagroso del alma femenina, sustento del mundo y fuente de la vida; eran... otras muchas palabras sonoras que tú no entiendes todavía, ni entenderás hasta que te veas señora de tu casa, con cunas de verdad y con peles y peponas de carne y hueso, chillones y rabiosos, con todas las perversidades que al Creador le plugo sembrar en el corazón del hijo del Hombre.

Por ahora, el último capítulo de la historia de la muñeca está, nenita, en esa flamante

que acaban de regalarte. Antes de la guerra los alemanes habían llegado á monopolizar el mercado de muñecas. Tu padre, que es acaparador, podrá explicarte mejor que yo el significado de esa frase.

Habían convertido los alemanes la industrialización de la baratija en manantial fecundo de millones. La muñeca alemana no tenía el candor, muy siglo XVIII español, que dirían los seguidores de Rubén Darío, de las antiguas peponas españolas. La muñeca española era impasible; sus ojos quietos no decían nada. En cambio, la mu-

ñeca alemana, sobre todo desde la invención del celuloide, era capaz de tener novio; un novio bonachón y sumiso y dispuesto á casarse en seguida que los papás lo consintiesen. Pero la guerra ha vencido á la muñeca alemana; mejor dicho, se ha hecho la guerra para que los niños no tuviesen más muñecas alemanas.

El reino de la baratija ha sido recogido por los yanquis. Fábricas inmensas se han construído para producir millones de muñecas, millones de cunas, millones de caballos, millones de tambores... Pero con la guerra han cambiado mucho

las ideas; ha ganado la Humanidad de un salto acaso dos ó tres siglos de evolución del pensamiento. Comprenderás tú, nenita, que el celuloide postguerra no puede sentir como el celuloide anteguerra. Eso sería negar la teoría del progreso. Así es lógico que tu muñeca mire torcidamente y frunza los labios en un mohín provocativo. Si la muñeca alemana era capaz de tener novio, la muñeca yanqui es capaz de algo peor... No en balde el bolcheviquismo predica y dicen que practica el amor libre ó el amor obligatorio. Una jovencita española de los tiempos del Empecinado se sentiría conturbada si la hubiesen mirado como los muñecos yanquis miran. Tú te mantienes impasible... ¿Ves qué cosa más sencilla? ¡Eso dicen que es el progreso!...



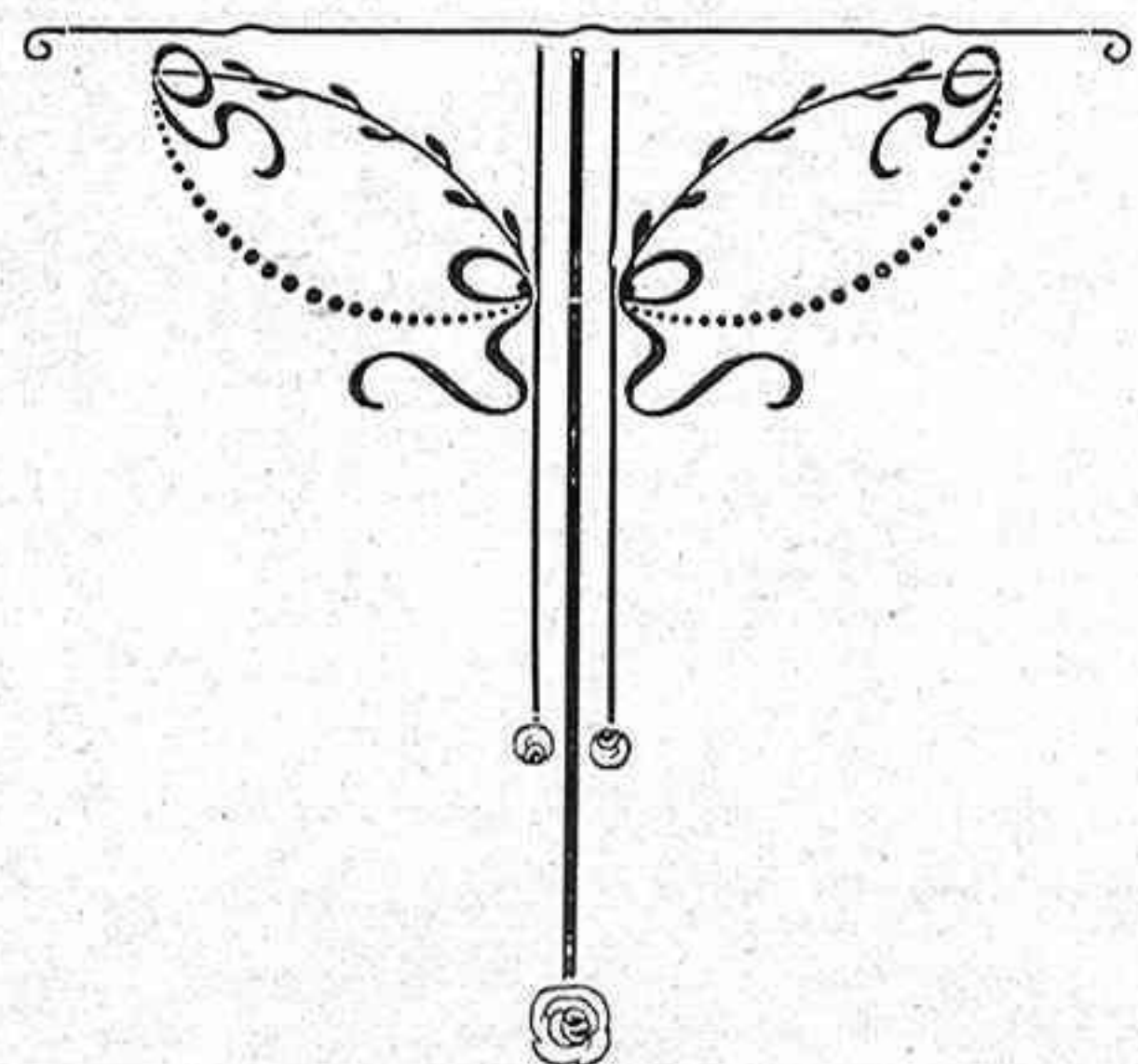
Sección de tambores en una fábrica de juguetes de Nueva York

FOTS. GINESTAL

Por la transcripción, MÍNIMO ESPAÑOL

Cuentos Españoles

LA MÁRTIR



«Oh, bella malmaridada,
á qué manos has venido!...»

(Cancionero de Antwerp, 1557.)

La veíamos por la calle, alguna que otra vez, muy pocas, pasar rápidamente camino de la novena ó de casa de su padre, muy escondida, procurando no ser vista, ¡como si estuviese avergonzada de ser tan santa!... En el teatro rara vez teníamos la dicha de admirarla: de Pascuas á Ramos, literalmente de Pascuas á Ramos; tres veces la vi yo en un año que pasé en Plencianes. Y, aun entonces, apenas asomaba la cabeza, refugiada en la sombra de la platea, mirando de vez en cuando con sus impertinentes de miope...

Se la encontraba también, en las tardes de sol, cuando paseábamos por las carreteras, orladas tan lindamente de álamos y chopos, al fondo de una berlina muy elegante que su padre la había comprado al casarse; berlina señorial y distinguidísima, con forros de seda marrón y abullonados asientos; una berlina muy reducida y tibia, invitadora á largos paseos de parejas amorosas; una berlina para matrimonios bienvenidos, decía siempre el magistral, con una ironía que resultaba amarga...

Porque, en efecto, la berlina había sido hecha para el matrimonio en plena luna de miel; pero el marido, pasados los dos meses de vértigo pasional, jamás la había ocupado. Llevóla en las primeras tardes de matrimonio por las soleadas carreteras, ufanándose de exhibir á su mujer, más pálida é interesante después del regreso del viaje de novios...

Después, la más absoluta separación entre marido y mujer; una separación honda, rígida, triste, *quo ad thorum*... y hasta *quo ad mensam*, porque el marido solía descuidarse y llegar tarde de la oficina para no tener que comer con ella, y ella se lo agradecía con una sonrisa de resignada... Era esta sonrisa, de resignación aparente, lo que caracterizaba á Rosario, la mártir. No podía, aunque hubiera querido, adoptar otra actitud, porque era esa la que le dictaba su temperamento de mujer española, sumisa y dócil, nacida para el amor y para el sacrificio...

Había estado seis años educándose en el convento de las Ursulinas, y había salido para casarse con el gallardo capitán de caballería, ayudante del gobernador militar de la plaza, que la pidió en matrimonio á sus padres, y que apenas había tenido con ella más relaciones que las de un amigo, y un amigo superior que le hablaba en tono protector y paternal...

Ella suspiraba continuamente, pensando cuánto le habían engañado los libros del colegio y las sonrisas equívocas de las amigas recién casadas que iban á visitar á las madres Ursulinas,



y cuán lejos estaba del ideal soñado en las premiosas tardes de invierno, tras los balcones del colegio, aquel marido tan gallardo y vistoso, pero tan serio, tan poco afectuoso, tan poco íntimo... Ella había soñado un compañero, un camarada, un chiquillo que jugara como ella y que como ella tuviera caprichos y monerías de criatura mimada... Y encontraba un caballero oficial, severo, rígido, estirado, correcto, tan inmutable como la Ordenanza, no un maridito deleitoso y arrullador, un maridín zalamero y solcito, sino un artículo del Código de Justicia militar... vestido de uniforme...

Eso sí, luciendo mucho en los salones, muy aparatoso, muy vistoso, con su alta estatura, su gallardo porte, sus bigotes engomados y presuntuosos, pero sin prodigar jamás una palabra de dulzura y de galantería á las muchachas, hablando siempre en tono hueco y enfático, soltando vaciedades con la mayor solemnidad, y conversando casi siempre con los hombres... y con preferencia de asuntos del servicio...

Pero el divorcio moral, la separación radical é irreducible llegó el día en que ella pudo descubrir que si aquel caballero oficial, tan grave, tan solemne, tan enfático no la trataba afectuosamente, era... porque tenía una amigueta y, muy solemnemente, iba á verla todas las tardes, de seis á diez.

Y cuando ella creía, al verle llegar tarde á cenar, que venía del Casino, de alguna discusión acalorada, volvía simplemente, como un redomado truhán, de casa de Matilde, la amigueta...

Poco á poco, las criadas, con ese caritativo deseo, ¡tan femenino!..., de mortificarse unas á otras, le enteraron de todo. Se llamaba Matilde, era rubia, muy rubia, con el pelo de oro y los ojos de cielo—el tipo opuesto á ella—, y había trabajado en el taller de Leontina, la modista más popular de la ciudad, en la plaza de la Catedral...

La madre tenía lo que allí se llamaba una tienda del aire, en la plaza Mayor, y había dos

hermanos, holgazanones redomados, que pasaban el día sosteniendo las columnas de los soportales y correteando por el barrio de la Morería, donde afincaban las mozas pecadoras de la horrible ciudad castellana... Toda la familia era gente plebeya y desgarrada, del pueblo bajo...

Rosario pasaba las tardes pensando cómo podría, persona tan fina, solemne y encofetada como su marido, que no gastaba el tiempo en palabras vanas ni en chistes y bromas, entenderse con personas tan estrepitosas, malcriadas y vocingleras como madre é hija, á quienes ella veía disputar ruidosamente con las aldeanas en los días de mercado, atronando la plaza con sus risas chocarrerías é insultos soeces... Cuando pasaba ella, Rosario, la mártir, con sus ojos negros de resignada y su aire señorial, la plebeya rubia adoptaba un aire de reto y de superioridad, recalando las frases y forzando la risa, como si la dijera: «¿Cómo te atreves á pasar por delante de mí, pobrecilla?... Lo que tú no has conseguido con tus modos finos y tu aire distinguido, lo consigo yo retener y guardar á mi lado con mis desplantes de plazuela...»

En estos días de mercado, la mártir volvía á su casa llorando y renegando de la mala indole de los hombres. El marido regresaba luego, á altas horas de la noche; Rosario sentía rechinar el cerrojo, raspar cerillas en la pared, toser fuerte ó escupir en la alcoba contigua; á veces, en noches de gran borrasca amorosa, hasta tarrear muy por lo bajo algún aire de zarzuela... Ella, á solas con su pensamiento, en su alcoba, que aun parecía, por lo solitaria y fría, su dormitorio de colegiala, gemía y meditaba...

A los seis meses de haberse casado llegaron las fiestas del Carnaval. Era un Carnaval triston y murrio, con mamarrachos por la calle Mayor y «destrozadas» obscenas por el barrio de la Morería. Sólo dos bailes de trajes—el martes y el domingo, en el Casino—prometían dar un tono de cierta elegancia, elegancia marchita y provinciana, al plebeyo y callejero antruejo. El marido de Rosario no le habló por un momento de llevarla al baile; supuso ella, con razón, que quería llevar á la otra, á la rubia, que, disrazada, pasaría muy bien sin ser conocida entre la alta sociedad de Plencianes.

Y entonces en la mártir, en la resignada, brotó por primera vez la idea de la protesta, de la rebeldía... Decidió ir al baile; disfrazarse de chula, con un mantoncito de chal cubriéndole el cuerpo bonito y un pañuelo de seda sobre los negros ojos. Llevaría consigo á la doncella de confianza, disfrazada con un dominó azul...

Llegó al baile en el momento en que la orquesta atacaba un vals de Waldteufel... Sugería aquel baile la idea de un país lejano, más hospitalario y más alegre que la sórdida y triste capital de provincia... Y Rosario, embriagada en el ambiente de lujo, de perfumes caros y de champagne que se respiraba allí aquella noche, sentía deseos de huir á París, á Viena, á no sabía dónde, á cualquier ciudad vasta, elegante y cosmopolita, lejos de aquel poblachón castellano, donde todo, claro río y claro cielo, sombrías iglesias y paseos orlados de álamos, le recordaba su amor fallido, sus ilusiones deshechas, su vida truncada, la infelicidad de su matrimonio...

Estaba en un rincón, solitaria y acurrucada, con los ojos húmedos de llanto tras el negro antifaz. Ramiro Valbuena, el hijo del afamado oculista, un muchacho muy listo y muy simpático, que había estudiado varios años en París y en Berlín, vino á pedirle el baile siguiente... Y ella, ingenuamente, sin recordar que estaba en Carnaval, sin fingir la voz, rehusó, con su inflexión normal, tan suave y tan dulcísima.

Ramiro la reconoció en seguida, y pronto voló por el salón la noticia de que estaba allí Rosario Belgrán. Llegó á oídos del esposo, y se indignó mucho, exaltado como estaba por la media borrachera de champán, las mejillas arreboladas, los ojos brillantes... Ya había tenido un disgusto al entrar, porque algunos soplones de profesión, gentes envidiosas de que él tuviera una amante, comunicaron al presidente del Casino que el capitán-ayudante había venido con Matildina, la de la tienda del aire, y que algunas señoritas, sabedoras de ello, se quejaban, y con razón, de estar mezcladas «con gentuza». Se le llamó á secretaria, misteriosamente, y á los acordes de un tiempo de vals que la orquesta desgarraba en el salón, se le habló de «las conveniencias sociales», de «cubrir las formas», de «los respetos debidos entre gentes de buena sociedad»; se invocó la respetabilidad del unifor-

me que ostentaba. Pero él, en los pródromos de una incipiente beodez agresiva, se revolvió furioso y se mostró inflexible, inexorable, no dispuesto á transigir, hablando de que todas eran iguales ante Dios y ante la ley, y hasta amagando trucidar, con rotundas ironías, las acrisoladas virtudes de las burguesitas de la población, hablando del cinema y de sus babilónicas obscuridades, y de las complacencias con los novios en las rejas, y de otras cosas más, difíciles de explicar... Y, en último caso, lo hacía cuestión personal, con lo que el presidente del Casino, que no era un Bayardo precisamente, dejó las cosas en los términos en que estaban, aterrado...

Volvió el capitán al salón; bebió más y más, é hizo beber á su coima. Cuando ésta se enteró de que estaba allí su rival, la esposa de su amante, la embriaguez comenzó á torturarle el cerebro con la idea obsesiva y desatinada de tomar venganza de ella..., de la pobre niña mártir... Comenzó á beber desafortunadamente y á esconderse en el fondo del palco, unos palcos improvisados que se habían levantado tras los balcones del Casino...

Y de súbito, sin que nadie pudiera advertirlo, en un momento de distracción del capitán, que saludaba á un amigo, dos botellas de champán volaron por los aires y fueron á parar sobre las cabezas de Rosario y de su doncella, que tran-

quilamente contemplaban la mascarada frente al palco donde la amante plebeya se pavoneaba con su disfraz de odalisca...

Hubo un tumulto espantoso en el salón; cesó la orquesta; las parejas interrumpieron la contradanza, y se vió al capitán huir por una puerta de escape, despavorido, cobarde, con la odalisca del brazo, desmelenada y furiosa... Todos acudieron en auxilio de Rosario; hubo un movimiento unánime de simpatía hacia ella y de desprecio por el miserable; el sentimiento instintivo de justicia que hay en toda multitud atrajo la atención hacia ella...

La pobre Rosario estaba allí, tendida en un diván, con su cutis moreno más empalidecido por la emoción, y su rostro de Virgen de las Angustias, sufrida y resignada... Ramiro Valbuena le curaba una herida en la oreja, que manaba sangre incansablemente... ¡Ahora sí que la podríamos llamar para siempre la mártir, la pobre mártir del amor conyugal!...

Ramiro, solícito, fraternal, la decía con ternura:

—No es nada, Rosario, no es nada...

Y ella sonreía, sonreía, la mujer heroica, con su carita morena y sus negros ojos de Virgen de las Angustias...

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

DIBUJOS DE RIZAS



MORADAS HISTÓRICAS

UNA PLAZA DE SEGOVIA



La Casa de la Inquisición, hoy del conde de los Villares

CRUZANDO el Azoguejo y pasando bajo el maravilloso Acueducto, se encuentra á la izquierda una calle empinada y estrecha que antaño conducía á la puerta de San Juan. Era ésta una de las principales entradas de la ciudad y estaba defendida por la llamada—á causa de su mucha antigüedad y de su importancia histórica—«Casa de Segovia».

Hoy, desaparecida la puerta y desaparecido también el barroco Arco de San Juan, que la había substituído y que ostentaba á un lado el escudo de Segovia y al otro una hornacina con la imagen de Nuestra Señora de los Remedios, al coronar la calle nos encontramos en la antigua plazuela de San Pablo. He aquí uno de los rincones más emotivos de la castiza ciudad del Eresma y del Clamores. Tenemos á nuestra izquierda la «Casa de Segovia», é inmediato á ella el palacio del marqués de Quintanar. Enfrente el del marqués de Castellanos, y á la derecha otros dos palacios todavía: el del marqués de Lozoya y el del conde de Cheste.

En medio, un jardincillo municipal ocupa el sitio donde hasta finales del siglo pasado se levantaba la modesta parroquia románica de San Pablo. Y todo es calma grave y fecunda bajo el cielo azul, en el ambiente frío y serrano. Acaso se eleve, conciso y recortado, el pregón de un vendedor; acaso se abra un balcón, uno de esos grandes balcones volados sobre ménsulas de hierro ó uno de los portales hondos y misteriosos, y salga de él una señora menudita, vestida de negro, con los libros de devociones en la mano. Chilla la pesada hoja de madera en sus goznes, cae el picaporte con estruendo y suenan los pasos, breves, en la acera... Luego es el silencio, el grave silencio español que ha fundido las almas de los hidalgos. Aquel silencio que emocionó al escéptico Eça de Queiroz con la solemnidad de sus promesas...

ooo

De muy diversas épocas las construcciones de la que hoy se llama «Plazuela del conde de Cheste», dan una impresión uniforme en que se mezclan la fuerza y la distinción, la altivez y la melancolía. Y habiendo, como hay en ellas, restos militares de los últimos años del siglo xi, una portada románica y detalles de ornamentación góticos, domina la severidad rectilínea de las sucesivas adiciones, que en su mayor parte son

de los siglos xv y xvi, y un arreglo casi común del xviii, con la gracia un tanto frívola de sus revocos, y la ligereza de los amplios balconajes, de un dibujo fácil, parece decirnos que el guerrero se ha hecho cortesano y que las brisas de Versailles llegan hasta La Granja, en el mismo corazón de Castilla...

En el reinado de Alfonso VI se rodeó la ciudad de Segovia de murallas y fortines, que se dieron á familias nobles para que los habitasen y defendieran, y como vestigios de estas obras, de las postrimerías del siglo xi, podemos considerar trozos del recinto exterior de la «Casa de Segovia»: la muralla y la gran torre cuadrada de la calle de San Juan, un torreón redondo convertido en casa de vecindad, en la plaza de que nos ocupamos, y otro trozo de muralla con otro torreón en la calle de San Sebastián.

En el reinado de Enrique IV defendía la puerta de San Juan, Pedro Machuca, llamado el de la Plata por ser tesorero de la «Casa de Moneda», «y sus casas eran—dice Colmenares—las que están encima, que después compró Andrés de Cabrera y hoy poseen los condes de Chinchón».

Más tarde, los Reyes Católicos se fijaron en ellas por su gran capacidad y la fortaleza de sus calabozos, que se conservan todavía, y las pidieron á su dueño de entonces, Francisco de Cáceres, para establecer el tribunal de la Santa Inquisición, el cual funcionó en el edificio hasta 1494.

A principios del siglo xvi pasó por venta á poder del poderoso D. Andrés de Cabrera, marqués de Moya y conde de Chinchón, marido de doña Beatriz de Bohadilla, amiga íntima y muy válida de la reina Isabel, los cuales, como tenientes que eran del Alcázar, llegan á ser los verdaderos dueños de la ciudad.

Desposeídos de la tenencia por Felipe el Hermoso, que se la dió á su favorito D. Juan Manuel, quisieron recobrarla por la fuerza, y en Noviembre de 1506 llegaron los marqueses á la ciudad, que se dividió en dos bandos: partidarios suyos, como los Contreras, Cáceres, de la Hoz y del Río, y amigos de D. Juan Manuel, como los Peralta, Ariás, Heredia, Lamas y Barros.

De esta época data la mayor parte del edificio actual, el más imponente y severo de la plaza, al cual da acceso una puerta con arco de medio punto, de enormes dovelas, sobre cuya clave y dentro de un marco con labores del gó-

tico florido se ostentan unidos los blasones de Cabrera y de Bohadilla. Es muy interesante el patio de este viejo palacio, de arcos escazanos apoyados en columnas, y al cual se abre un maravilloso ajimez mudéjar con parteluz de alabastro y recuadrado de bellos azulejos, y lo son también sus salones con hermosos techos de artesón.

En el siglo xvii poseían otra vez esta casa los Cáceres, y á fines del xviii era su dueña doña Antonia de Avendaño y Cáceres, condesa de los Villares, cuyo título lleva su actual poseedor.

Contiguo á la «Casa de Segovia», llamada también «Casa de la Inquisición», se halla el palacio del marqués de Quintanar, de la casa de Chaves, linaje de origen portugués, que habitó la villa de Ayllón hasta el siglo xv, trasladándose entonces á la capital á la «Casa de los Picos».

Debe ser esta construcción de dicho siglo xv, y la ocuparon sólo los marqueses en el xviii, previa una gran obra en el interior y en su fachada, á la que dan carácter la puerta, adornada con una bordura de yelmos á manera de alfiz; su gran piedra de armas, encerrada en una moldura rectangular, dentro de la cual destacan dos salvas tenantes del escudo; su gallardo balconaje, y el amable tono del revoco fingiendo unos sencillos frontones encima de cada hueco y un orden de pilastras en el ático. Es también muy bello el patio, de esbeltas columnas, coronadas por zapatas que ostentan cada una las armas de diversos apellidos de la casa, y por sus dimensiones y la riqueza de sus vestiduras, notable el gran salón del piso principal.

Recorriendo la plaza en el orden que nos hemos impuesto, encontramos ahora el palacio que, ya muy avanzado el siglo xvi, construyó la familia Maldonado, después marqueses de Castellanos, y cuyo blasón, unido al de Cáceres, campea sobre la puerta adintelada. Tiene también esta casa un patio muy bello y sencillo, y en su fachada principal es su más grande atractivo una galería de ladrillo que la corona, y cuya cornisa está sostenida por pilastras, entre las que se abre una arquería de medio punto.

La casa del conde de Cheste fué edificada en el siglo xvi por una rama segundona de los Contreras, cuyo blasón ostenta, aunque algo diferente del que usaba la rama primogénita, sobre el arco de medio punto de su entrada. Este blasón se ve repetido en los capiteles de las colum-

nas del patio y en una linda fuente del jardín.

Tiene este palacio una planta enorme, rectangular. Se abren en su fachada principal ocho grandes y simétricos balcones, de un gusto severo, y el revoco, muy bien conservado, la adorna con uno de esos dibujos de lazo tan frecuentes en Segovia.

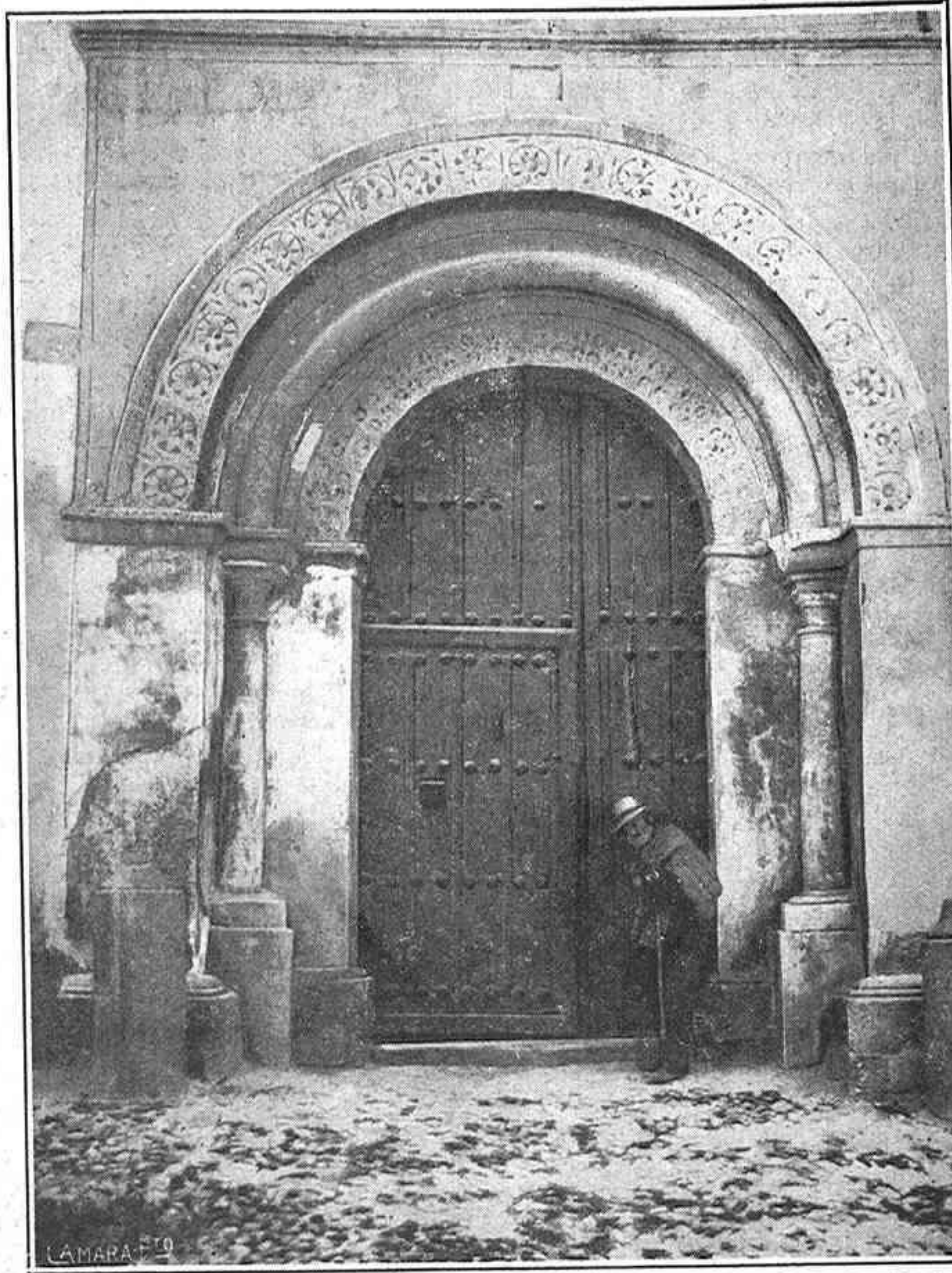
Entre los ilustres caballeros que vivieron entre sus muros, merece mención especial D. Francisco de Contreras, uno de los personajes más importantes del reinado de Felipe III, magistrado inflexible que presidió el tribunal que condenó a muerte a D. Rodrigo Calderón. A mediados del mismo siglo xvii la habitó D. Luis Jerónimo de Contreras, que fue creado vizconde de la Laguna de Contreras y, más tarde, conde de Cobatillas, en poder de cuyo título siguió el palacio hasta que, por el año 1860, fue adquirido por D. Juan de la Pezuela, conde de Cheste, que en él pasó los veranos hasta su muerte.

Llegamos a la última de las casas de la plaza, la nombrada antiguamente «del Mayorazgo de Cáceres», y cuyo origen, á pesar de su bella portada románica, no se remonta más allá de fines del siglo xiii ó primeros años del xiv. Fueron sus primeros poseedores los Heredia, familia que dió á la ciudad muy ilustres hijos, y en 1467 la habitaban ya los Cáceres, si bien no la poseían—como erróneamente afirma Colmenares—, y desde ella contribuyó Antón Martínez de Cáceres á defender la puerta de San Juan contra el infante D. Alfonso y los caballeros rebeldes. Apoyaban al de Cáceres Pedro y Alonso de Peralta y otros nobles segovianos «que con ballestas y arcabuzes (nombrados entonces espingardas) se defendieron muchos días, hasta que por orden del rey la entregaron á D. Juan Pacheco».

De estos sucesos salió la casa muy malparada; pero habiéndola comprado en 1505 á su dueño, Diego de Heredia el Viejo, D. Francisco Osorio de Cáceres, la restauró, añadiéndole el patio en el atrio de columnas á la italiana. En 1804 fué vendida en pública subasta por la condesa de los Villares, doña Antonia de Avendaño y Cáceres, adquiriéndola D. Julián Thomé de la Infanta, maestrante de Ronda, cuya hija casó con D. Luis de Contreras, hermano del marqués de Lozoya y abuelo del actual poseedor, quien decoró los salones con el gusto brillante de la época.

ooo

Fué en el siglo xiii cuando, á consecuencia de las obras de reparación sufridas por la inmediata parroquia de San Juan de los Caballeros, las viejas familias que habitaban la plaza decidieron elevar la iglesia de San Pablo á fin de no verse obligadas á salir del barrio para sus constantes devociones. Su proximidad á otras más importantes y la humildad de su construcción que, merced á la extraña supervivencia del estilo románico en Segovia, en él se llevó á cabo, parecen abonar



Portada del palacio del marqués de Lozoya

esta creencia. En las postrimerías del siglo pasado desapareció el pequeño templo, bajo cuyas piedras dormían el sueño eterno tantos poderosos varones y tantas damas ilustres, y quedaron los viejos palacios mirándose cara á cara en esa paz segoviana fría, orgullosa y hostil...

Al contemplarlos ahora en esa pugna silenciosa y hermética, la vista se vuelve atrás, al misterio siempre inquietante del pasado, y parece que torna la procesión infatigable de los días. Suena la campanita de San Pablo invitando á la misa, y se abren los hondos portales y salen las damas austeras, los graves hidalgos llenos de tristeza que pintó Domenico el Greco...

Oímos ruido de armas y ayes de heridos. Machuca, el de la Plata, y Antón de Cáceres defienden, por el rey, la puerta de San Juan... Y vemos pasar los años, que van dorando con su caricia los viejos sillares, las portadas severas, enmoheciendo los hierros de balcones y ventanas y sedimentando las historias de aquellos linajes, no extinguidos aún, que dieron á las bellas construcciones un sentido eterno, y que todavía parecen palpitar en el fondo de los archivos empolvados.

Ya se apagó el fragor de la lucha; se desva-

recieron las intrigas cortesanas y fué rodando, hasta borrarse en las lejanías, el eco de las piquetas demoledoras de San Pablo. Un anciano vestido de negro, con la cruz de Calatrava bordada sobre el pecho, pasea con un niño. Es el anciano un militar de romántica historia. Nació en Lima, hijo de un virrey del Perú, y sobre su cabeza, erguida y varonil, ha caído la nieve de un siglo. Fué en su juventud discípulo de Lista y amigo fraternal de Espronceda. Luchó en el Norte cuerpo á cuerpo con el Tigre del Maestrazgo y se jugó la vida en aquella conjura que pagó con la suya D. Diego de León...

Ahora pasea, al tibio sol de la mañana, y recita unos versos que el niño escucha lleno de emoción.

El viejo general es el conde de Cheste; su amigo, el actual marqués de Lozoya...

Han pasado todavía más años y Juan de Contreras ha ido formando su espíritu en la serenidad augusta de la vida segoviana; la semilla del héroe centenario ha caído en buen surco...

El, va continuamente desde sus libros á la huerta de su casa. Allí, en las mañanas soleadas, se reúnen los vecinos de la vieja plaza de San Pablo, y las señoras hacen labor mientras unos niños juegan en los senderos orillados de boj.

La huerta está construída sobre la antigua muralla, y desde ella se domina el maravilloso paisaje segoviano. El acueducto, las torres románicas de San Justo y el Salvador, el barrio de San Lorenzo, en las casucas amontonadas en torno de la iglesia, y en el fondo la sierra y el macizo imponente de Peñalara, con la cumbre llena de nieve, destacan sobre el añil del cielo.

Juan de Contreras contempla á diario todas estas bellezas. El ha leído á los místicos, esos admirables poetas de España, y los comprende en esta comunión con los tonos ocres de la tierra, con las adustas perspectivas de la ciudad y de los montes, sobre la que pone su albuza la nieve y su pureza azul el cielo. Y en esos largos y fecundos diálogos con el paisaje ha tejido sus *Sonetos espirituales*, en cuya portada ha recordado á su amigo muerto con estas palabras llenas de emoción y de armonía:

Yo conocí un anciano, tan anciano, que en los profundos surcos de su frente vislumbrábase un siglo, y en la ingente barba, y en el cabello undoso y cano.

Yo he besado una flaca y larga mano siempre leal, que peleó valiente, y que volvió muy suave y doctamente rimas del Dante en verso castellano

Alguna tarde que en el huerto umbroso paseaba, tranquilo y despacioso, le dió mi brazo reverente auxilio.

Era yo un niño, y por la vez primera llegóme al alma, de su boca austera, la plácida cadencia de Virgilio.

CONDE DE SANTIBÁÑEZ DEL RÍO



Palacio del conde de Cheste



Casa del marqués de Quintanar

LA MODA FEMENINA

Y tan femenina! Un peinado, por lo que se ve, acariciador; un sombrero favorecedor; un corpiño seductor, algo vago y en redondo escotado; unas mangas cortas, airosas y... nada opuestos á que los bien torneados brazos luzcan su primor; una angosta falda, muy distanciada del «miserio suelo» y, en fin, unas transparentes medias *beige*, dignas compañeras de los lindos zapatos de gamuza «marrón». En cuanto al sombrero, conste que también son de seda *beige*, ligeramente plegada, la copa y la parte exterior del ala; la interior va cubierta de terciopelo «marrón», sobre el cual caen unas finísimas hebras de amarillento marabú. Es de tela *charmeuse* y de tono *beige* el traje, apenas ceñido en la cintura por un cordón, no muy grueso, de seda «marrón». Perlas son, ó lo parecen, las cuentas del collar. Así va atavada la primera figura.

Lleva la figura segunda encajada la toca, que es de terciopelo azul eléctrico; su bien cortado traje con cuadrado escote; sus mangas cortitas, igualmente, y un si es no es á lo kimono; su corpiño formando fruncidos y artísticos pliegues, así como la no menos corta falda. Traje es éste, como el otro, hecho de una pieza, y hecho del más deseable de los tejidos: de crespón; el tono de color es idéntico al del sombrero; azules son también las finísimas medias, y los zapatos, de cabritilla. De legítimo y tallado cristal de roca las cuentas del largo collar y las que adornan el brazo derecho; el izquierdo ostenta dos aros de oro.

En cuanto á la úl-



tima figura, ese busto que lleva tan singular sombrero, nos limitaremos á decir que así lo quiere la moda, y que los llorones marabús de que va totalmente cubierto, son negros. La gentil personita así tocada no sabrá cómo ha de componérselas para ver, y también para no bizar; pero sí ha sabido arreglárselas de modo que luzcan algo sus bonitas facciones, con lo cual consigue lo que, de fijo, más le interesa.

Se nos antoja, en suma, que la figura segunda se halla más satisfecha que sus compañeras, y creemos que, si se ufana con la convicción de que su tocado, su vestido y su calzado son los que han de agradar más, está en lo firme.

Y á eso se va, ¿no es cierto, amigas y amiguitas?: á conseguir agradar.

Porque, de lo contrario, los hombres se entristecerían, sospechando que se trataba, nada menos, que de la decadencia estética de la mujer, algo así como la ruina, el *krach* de la belleza y de la elegancia femeninas.

Ellos, los hombres, tratándose del sexo débil, bendicen, las más veces, la tiranía de una figura hermosa, si va dentro de una *toilette* que realce la esbeltez y el donaire, y también la expresión del rostro.

—Perdonable tiranía—exclaman casi todos—, reveladora de las muchas ilusiones que ellas ponen en nuestra aprobación...

Y casi todos aciertan.

Preciso es confesar que ningún dominio es tan poderoso como ese, por lo mismo, quizá, que ninguno se practica con más aplauso, ejerciendo maravilloso influjo en el espíritu del sexo fuerte.

No hay duda; la importancia del traje, del adorno, del afeito, es grandísima.

Muchas veces suplé á la belleza.

Quedamos, pues, en que siempre que una mujer verdaderamente elegante y distinguida acierte á saber mezclar el hilo de lo primoroso con el tejido de lo señorial, tendrá pleno derecho á ser tirana.

Encantadoramente tirana.

FOTS. HENRI MANUEL

SALOMÉ NUÑEZ Y TOPETE

EL CASTILLO DE HAMLET

A una hora próximamente de Copenhague está Elseneur ó Helsingør, en donde Hamlet vivió su vida trágica.

El tren me conduce por entre praderas verdes y ligeramente onduladas, sobre las cuales resbala la vista como por una planicie inmensa, hasta tocar el horizonte grisáceo en que algunas nubecillas transparentes toman la luz, resistiendo á su paso.

Las casas de campo, edificadas por los habitantes de la capital, rompen con sus notas claras la monotonía del paisaje.

Tras de las verjas que ciñen los jardines, y en el interior de las quintas de recreo, bordeadas de flores, se adivinan vidas tranquilas, reposadas, nostálgicas, que se deslizan iguales, sin sobresaltos, en un apartamiento recoleto y ascético.

Y el viajero piensa que los seres latentes en aquellas casas lindas, que parecen el decorado circunstancial dispuesto por error en un escenario oprimido por ambientes fatalistas, son conciencias liberadas de las luchas codiciosas por grandezas efímeras.

El tren se detiene, y descendiendo en una estación monumental que me recuerda la de Amberes. Sólo que en vez de salir á la gran plaza que en Amberes tiene por frentes su espléndido Parque zoológico y su magnífica Avenida Keizer, con sus cafés y restaurantes siempre llenos de público bullicioso, se me ofrece una ciudad de calles tortuosas, formadas por casas de ladrillo, donde abundan las tiendas modestas, que se extiende sobre el talud, señoreado por el vasto castillo de ladrillo estilo Renacimiento, de tejados casi verticales y ceñido por murallas sombrías: el famoso castillo de Kronborg.

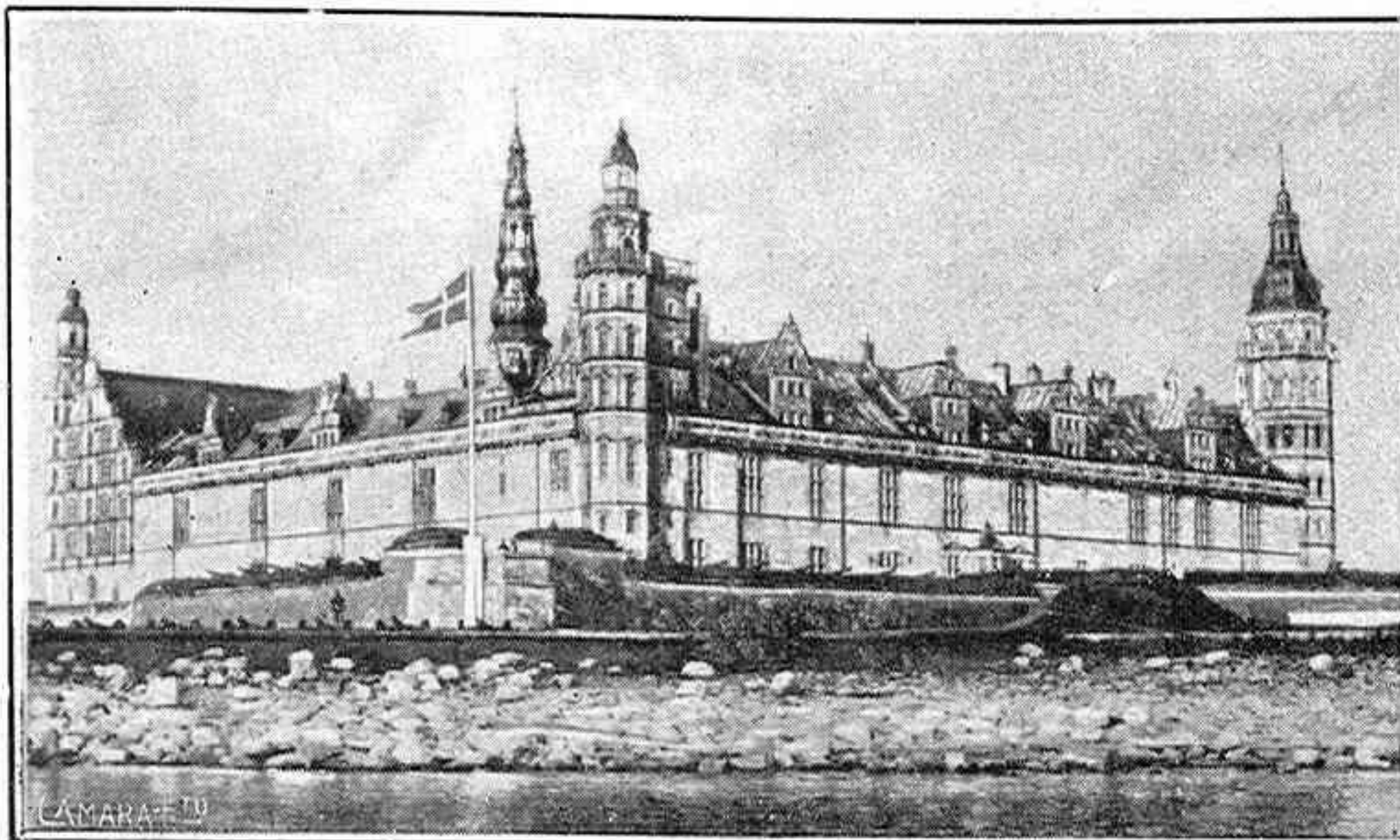
La entrada semeja la de una plaza fuerte, con sus anchos fosos, por donde, en parte, corre el agua oscura, y, en parte, crecen diversas plantas. Un camino de ronda, luego huecos fosos, un patio, y en el centro el castillo, enorme, cuadrado, con ventanales de frontones triangulares.

Sobre los altos muros se alza, á modo de terraza, una balaustrada esculpida.

Este vasto edificio produce un efecto abrumante. La puerta de acceso, con sus columnas y sus hornacinas, corresponde al Renacimiento. El primer piso recibe la luz por ventanas ojivales, y los rosetones y las volutas superpuestas que dibujan los contornos, tienen las trazas y motivos propios del genio del Norte.

El castillo levántase á la orilla del mar.

En esta parte se encuentra la terraza, en donde, después de mediar la noche, apareció el espectro del rey de Dinamarca ante Bernardo, Marcelo, Horacio y Hamlet, y demandó al hijo amado que «vengase su alma y un espantoso crimen». Este es el mismo lugar en que el



El castillo de Hamlet

que se yerguen en los cuatro ángulos. En la actualidad el imponente recinto se subdivide en fortaleza, museo y cuartel, donde se encuentra un cuerpo de guardia y varios cañoncitos de bronce que aparentan defender la entrada á los no iniciados en la religión que tuvo por sumo sacerdote al poeta de Stratfor-sur-Avon, en el Warwickshire.

Abajo, en las casamatas, álzase la estatua de Ogie.

La capilla parece dispuesta para recibir al rey. Por una escalera modesta se asciende á las estancias donde se desarrollaron los tremantes episodios de la tragedia augusta; estancias vacías, desnudas, de una frialdad de muerte, que tienen por adorno pinturas en que el arte también halló su tragedia.

En el centro de una de ellas reposa la estatua sedente de Shakespeare, colocada al conmemorar, en 1903, el tercer centenario del Hamlet.

Allí está el salón de Estado; más allá la salita donde Hamlet mató á Apolonio; cerca el lugar en que el duelo con Laertes y el veneno acabaron con la vida de los reyes y del pobre príncipe; más lejos el recinto que recorría Ofelia entonando sus dolorosas canciones.

Las tristes salas guardan piadosas su ambiente siniestro. Parece que el crimen se conserva en los hoscas espacios como una reliquia inmaterial. La luz difusa de la tarde que declina pone en los muros sombras extrañas. Acaso sean los primeros diseños de los espectros que se buscan para cumplir una orden de Dios, arrepintiéndose y perdonando.

El viento produce sordos zumbidos en los patios, y el castillo se sumerge en tinieblas.

Al abandonarlo creo percibir la voz de Horacio, susurrando: «¿Qué pretendes ver aquí? Si es algo terrible y doloroso no avances más, déten el paso».

R. HERNÁNDEZ BERMÚDEZ

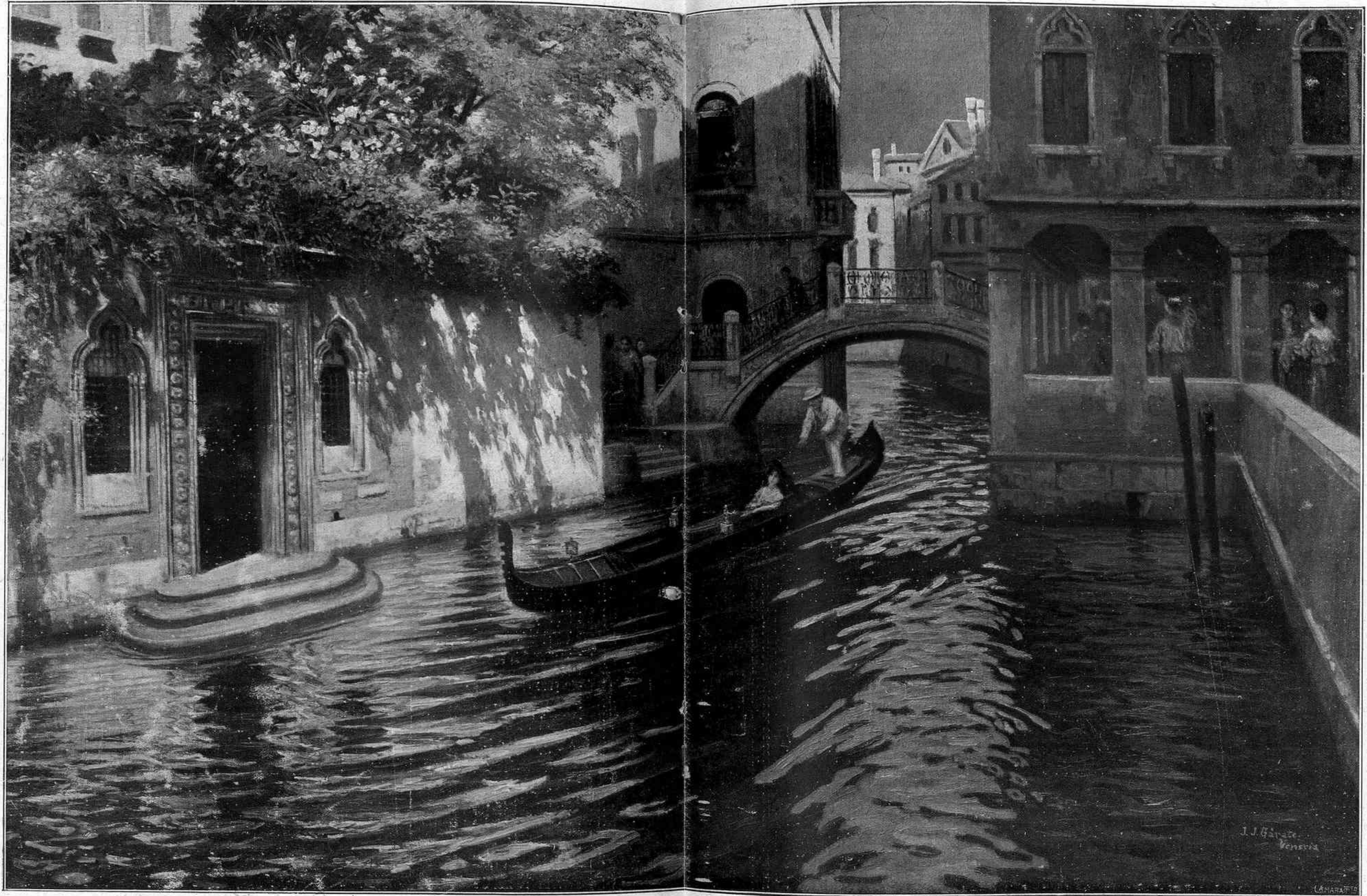
EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE CUBA



El general Mario G. Menocal

Este ilustre general nació en Jagüey Grande, ciudad de la provincia de Matanzas, y cursó la carrera de ingeniero civil en la ciudad de Cornell (Estados Unidos). Hallándose dirigiendo la construcción del ferrocarril de Santa Cruz, fué á ofrecerse, como simple soldado, á la revolución, á los seis meses de haber estallado ésta. Fué soldado, oficial, jefe subsecretario de la guerra, jefe de Estado Mayor del departamento oriental y, posteriormente, por victoriosos hechos de armas, fué objeto de diversos ascensos hasta ser nombrado jefe del quinto Cuerpo, en cuya brillante situación se hallaba este eminente estadista cubano cuando se firmó la paz. Ha desempeñado cargos tan importantes como la jefatura de Policía, cuya acertadísima reorganización llevó á efecto; la Inspección general de Obras públicas y otros varios, y, en suma, puede decirse que el ilustre general Menocal ha llegado á la presidencia de la República después de recorrer triunfalmente el dilatado camino que media desde un humilde soldado hasta la elevadísima designación de jefe supremo del hermoso país cubano. Bajo la presidencia del Excmo. Sr. D. Mario G. Menocal, la República de Cuba ha florecido, engrandeciéndose en todos sentidos. No es de extrañar, pues, que el pueblo cubano profese á su ilustre presidente una ferviente admiración y un cariño leal y respetuoso.

CIUDADES DE ITALIA



VENECIA, cuadro original de Juan José Gárate

Conocéis, Perdida—dijo de pronto Stelio—, conocéis vos algún otro lugar del mundo que posea, como Venecia, la virtud de estimular la potencia de la vida humana, á ciertas horas, excitando todos los deseos hasta la fiebre? ¿Conocéis una más tremenda tentadora?

Así como la leche azulina del ópalo está plena de ocultos fuegos, así el agua pálida é igual de la gran laguna contenía un esplendor disimulado y que los golpes de los remos descubrían. De allá, del otro lado de la selva rígida de los navíos sujetos por sus áncoras, surgía San Jorge Mayor como un amplio galeón rosado con la proa enfilada hacia la Fortuna, que le atraía desde lo alto de su esfera áurea. Abriase en medio del canal de la Giudecca como una fauce placida á la que parecían traer, los navíos cargados y descendidos á lo largo de los ríos con el cúmulo de troncos cortados y desgajados, el espíritu de los bosques inclinados sobre las aguas lejanas y corrientes. Y del Molo, donde sobre el duple prodigio de los pórticos abiertos al aura popular brotaba la blanca y rosada muralla que encerraba la ruina de dominadoras voluntades, la Ribera tendía su dulce arco hacia los Jardines umbrátiles, hacia las fértiles Islas, como para conducir al repositorio de las naturales formas el pensamiento excitado por los arduos símbolos

del arte. Incluso favorecía la evocación del otoño la hilera de barcas que pasaban colmadas de frutos, parecidas á grandes canastas flotantes, esparciendo el perfume de los huertos insulares sobre las aguas, que reflejaban el follaje perpetuo de cúspides y capiteles. —¿Conocéis, Perdida—volvió á decir Stelio, mirando complacido los racimos blondos y los higos violeta acumulados, no sin armonía, de popa á proa—, conocéis una graciosa particularidad de la crónica dogal? La dogaresa disfrutaba para el coste de sus vestiduras solemnes, de algunos privilegios sobre el tributo de las frutas. ¿No os alegra saber esto, Perdida? Los frutos de la isla la cubrían de oro y la ceñían de perlas. Pomona dando mercedes á Aracne. He aquí una alegoría que el Veronés pudo pintar en la bóveda del Vestuario. Gozo al imaginarme á la dogaresa erguida sobre los altísimos zócalos gemmados, teniendo, como algo agreste y fresco entre los pliegues severos de su grave túnica, el beneficio de los frutos. ¡Qué sabor tendría entonces su opulencia!... Pues bien, suponed ahora, amiga mía, que estas uvas y estos higos del nuevo Olorio van á rendir el precio de la veste áurea donde se envuelve el estío muerto...

GABRIEL D'ANNUNZIO
(De *El Fuego*)



LA PIEDAD DE DOÑA MARGARITA

DE la expulsión de los judíos quedó en la historia madrileña el recuerdo del barrio del Avarpiés y la calle que desde entonces se llama de la Fe, por haberse quitado de ella la Judería, así como la Sinagoga desapareció, para que más tarde se levantase, sobre su mismo solar, una iglesia dedicada al mártir San Lorenzo, con lo que parecían quedar purificados aquellos lugares. Pero no del todo, pues que allí cerca quedaban los moriscos, contribuyendo á hacerles abandonar aquellos lugares cuando la persecución decidida por

Juan de Ribera y la esposa de Felipe III, el trinitario Simón de Rojas, quien por aquel nuevo triunfo de la fe dió el nombre de calle del Ave María á la que ocupaban con sus viviendas los nuevos expulsados.

Ciento veintitrés familias fueron arrojadas de Madrid, donde eran, como en el resto de España, útiles é industriales. Tan fausto suceso, que de tal manera afectaba á la salud de la Península entera y los dominios todos del católico monarca, no debía quedar sin la necesaria rememoración, y así lo pensó la poderosa reina doña Margarita, quien, acaso recordando que su suegro había hecho levantar el monasterio de San Lorenzo, de El Escorial, para conmemorar la victoria de San Quintín, decidió celebrar esta otra, no menos gloriosa, según su leal saber y entender, y para tal fin pensó alzar en su corte un suntuoso convento que consagrara al misterio de la Encarnación de Cristo, y serviría de aposento á las religiosas descalzas de San Agustín, que visitaba á menudo en su residencia de Valladolid, y de la cual hizo venir el día de San Sebastián, 20 de Enero de 1650, á la que había de ser primera priora de la nueva casa, madre Mariana de San José; la madre Francisca de San Ambrosio, hermana de la marquesa de Poza; la madre Catalina de la Encarnación, y la hermana Isabel de la Cruz, quien había sido compañera de doña Luisa de Carvajal, que padeció y murió por causa de la religión en las cárceles de Londres.

Apeáronse en el Alcázar de los reyes, quienes las esperaban en la estancia del príncipe, que estaba enfermo. Fueron luego al oratorio, donde la reina dijo á las monjas: «Aquí toma el rey muy largas disciplinas». Pasaron al cuarto de sus hijos, donde la priora tomó en brazos á la infanta doña Margarita, con lo que dijo la soberana: «Priora, pedid á Dios que nos la dé para monja de vuestro convento.» Mostrólas luego los ornamentos que iba disponiendo para la nueva casa de religión, y llevólas luego al convento de las Descalzas para que visitasen á la otra infanta doña Margarita y permaneciesen allí dos días, pasando con el de San Ildefonso al monasterio de Santa Isabel, donde debían habitar mientras se construía el edificio que se las deparaba. Por cierto que poco después entró en la Comunidad la primera novicia, que fué doña Aldonza de Zúñiga, hija de los condes de Miranda, apadrinada por los reyes, quienes, en memoria de tal fecha, regalaron á la priora un vaso grande de ágata, guarnecido de rubíes y de oro, labrado por las propias manos del emperador Rodolfo, que se valuó en cinco mil ducados, para que se pusiese en él el Santísimo Sacramento.



El convento de la Encarnación, de Madrid

Eligióse para sitio del monasterio de la Encarnación el que ocupaban las casas de los marqueses de Poza, en las proximidades del Alcázar, para que pudiesen los reyes pasar allí desde sus habitaciones sin salir de Palacio. Y como alguien dijese á la reina que la traza de la iglesia era pequeña, respondió: «No importa: yo la enriqueceré de manera que no haga falta la traza.» Fué muy solemne el día de la colocación de la primera piedra, que puso el rey, asistiendo la reina con sus hijos desde las ventanas del colegio de doña María de Aragón, y bendiciendo el acto don Bernardo de Rojas y Sandoval, cardenal arzobispo de Toledo.

Estaban apenas comenzadas las obras cuando moría la reina en El Escorial, al dar á luz á su hijo, el infante don Alfonso, que por eso fué llamado el Caro, ya que costaba la vida de su madre, no sin antes haber escrito la soberana numerosas cartas á diferentes partes del reino y de otros para que enviasen piedras preciosas, mármoles, jaspes, bronce, plata, telas, brocados y sedas que enviar á la reciente Comunidad, á la que también mandó, como singular regalo, la cama donde había nacido el príncipe, después rey, Felipe IV. Sin que se nos alcance qué misterio podría tener semejante obsequio, si no era verdaderamente una alusión á la encarnación real, como se hizo más tarde análogo juego de vocablos al hablarse de ciertas visitas del monarca galante, quien, así como el de San Plácido, visitó mucho este convento, sin duda para que no quedara solamente de respeto en él su lecho de natalicio.

El día de la Visitación, sábado 2 de Julio de 1616, inauguróse el nuevo convento con tanta solemnidad, que el rey mandó al arzobispo que se hiciese festiva la jornada. La distancia no muy larga que mediaba entre la casa del Tesoro (que se hallaba junto al Alcázar, en lo que es hoy un trozo de la calle de Bailén y parte de la plaza de Oriente, por el lado de la puerta del Príncipe) y el monasterio, aderezóse con ricas tapicerías. En su pórtico había dos altares, puestos el uno por el rey y el otro por la Orden de San Agustín. Otros cinco altares compusieron la condesa de Valencia, el duque de Peñaranda, el de Uceda, el de Lerma y el patriarca de las Indias, siendo muchas y de gran riqueza las dádivas que nuevamente se enviaron á las religiosas de la Encarnación. A las seis de la tarde entró el rey en la casa del Tesoro, acompañado del príncipe, princesa, infantas doña María y doña Margarita, y los infantes don Carlos y don Fernando, ricamente ataviados, así como la Corte que los seguía, y tras ellos una procesión general de la clerecía y religiones, acompañando al

Sacramento el patriarca de las Indias, don Diego de Guzmán, con varios arzobispos y obispos, haciéndose por la noche grandes regocijos públicos, con fuegos y luminarias.

Siguieron las ceremonias al siguiente día, en que sus altezas se quedaron á comer en el convento, volviendo el rey por la tarde, y así continuaron las fiestas hasta el día 6, en que se hicieron las solemnes exequias de la reina, diciendo la misa don Fernando de Acevedo, arzobispo de Burgos y presidente de Castilla, y predicando el padre Jerónimo

de Florencia. Fuera larguísima la enumeración de los dones opulentísimos con que los monarcas siguieron favoreciendo al convento, y cuenta que era en los tiempos en que se pedía limosna para que el rey comiese. Pero, como curioso, no quedará sin consignar el derecho que se concedió á estas monjas á las primicias de una mina de plata que se descubrió por aquel tiempo, diciendo que se les daba para que se hiciera un arca en que encerrar el Sacramento el día de Jueves Santo.

La iglesia de este convento, que es de las más notables y bellas de Madrid, fué reformada interiormente en el siglo XVIII por Ventura Rodríguez, y aún ostenta obras de arte muy considerables, como el retablo mayor, de mármoles, en el que hay un gran cuadro de Vicente Carducho representando la Anunciación. Dignos de ser notados son también los frescos, pintados por Bayeu y los hermanos Velázquez. Pero lo más admirable en este templo son las esculturas de San Agustín y Santa Mónica, labor del famoso imaginero Gregorio Hernández. Fué demolido en parte este convento en 1842, abandonándole las religiosas, que volvieron poco después á la parte que de él había quedado.

La vida de este monasterio, brillante en el reinado de sus fundadores, no pasó en su esplendor más allá del tiempo de los Austrias. En esa iglesia fué donde, hallándose un día Felipe IV acompañando al Santísimo Sacramento, llególe un labrador gritando: «Señor, esta monarquía se acaba.» «Debe ser un loco», dijo el rey al almirante de Castilla, y muy luego subió á consolarse del disgusto en el seno de la Comunidad, y quién sabe si á contradecir en lo posible el criterio del labrador.

Emplazado en un paraje histórico este convento, cercano al palacio de Godoy, al colegio de doña María de Aragón, al palacio del Inquisidor, á la casa de Martínez de la Rosa, en la calle de las Rejas, y al palacio de la reina Cristina, incendiado en las jornadas de 1854, sólo él permanece con su carácter tradicional en medio de tanta mudanza de los tiempos. Y, para mayor singularidad, en él se guarda, lo mismo que en Nápoles la sangre de San Jenaro, una ampolla con sangre de San Pantaleón, que por especial milagro se liquida todos los años precisamente el día del santo, 27 de Julio, y vuelve á solidificarse después de haberse ofrecido á la veneración de los fieles creyentes, que en estos casos se procura que sean más creyentes que fieles.

PEDRO DE RÉPIDE

FOT. CORTÉS

Balada de las amadas lejanas



*Mujeres que dejasteis
al pasar por mi alma,
un aroma indeleble,
una eterna fragancia
de amor y primavera,
aunque luego llevaran
el huracán del Tiempo
y el tren de la Distancia,
por sendas diferentes
nuestras vidas truncadas.*

*Se perdió la emoción
de las horas más gratas;
pero queda el Recuerdo*

*que, aún joven, se levanta
de su lecho de lotos,
en el sombrío alcázar
del Pasado, y terciándose,
donjuanesco, la capa,
galanteador eterno,
de vosotras me habla:*

*—Huyeron para siempre...
Una, clavó su daga
hasta el pomo, en tu pecho,
dejándote la amarga
cicatriz imborrable
de su nombre, en el alma...*

*Otra, vertió la mirra
divina de su ánfora
en tu vida, quedándose
por siempre envenenada
tu existencia de una
sensualidad extraña...*

*“Nevermore”... ¡Para siempre!
Renuncia á la esperanza
de besar otra vez
á la que dió á tu alma
su aroma...*

*Ya no temas
que te hiera la daga*

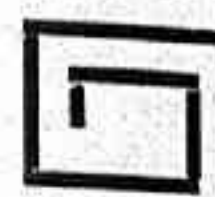
*de la mujer fatal...
¡Son quimeras lejanas!
Amalas, confundiéndolas
en una novia casta
é imposible, en la única
inmortal deseada,
la que jamás perdemos,
porque nunca se alcanza.
Soñador, esa novia
inesfable es mi hermana,
y tiene un dulce nombre
muy vago: La Nostalgia...*

Juan G. OLMEDILLA

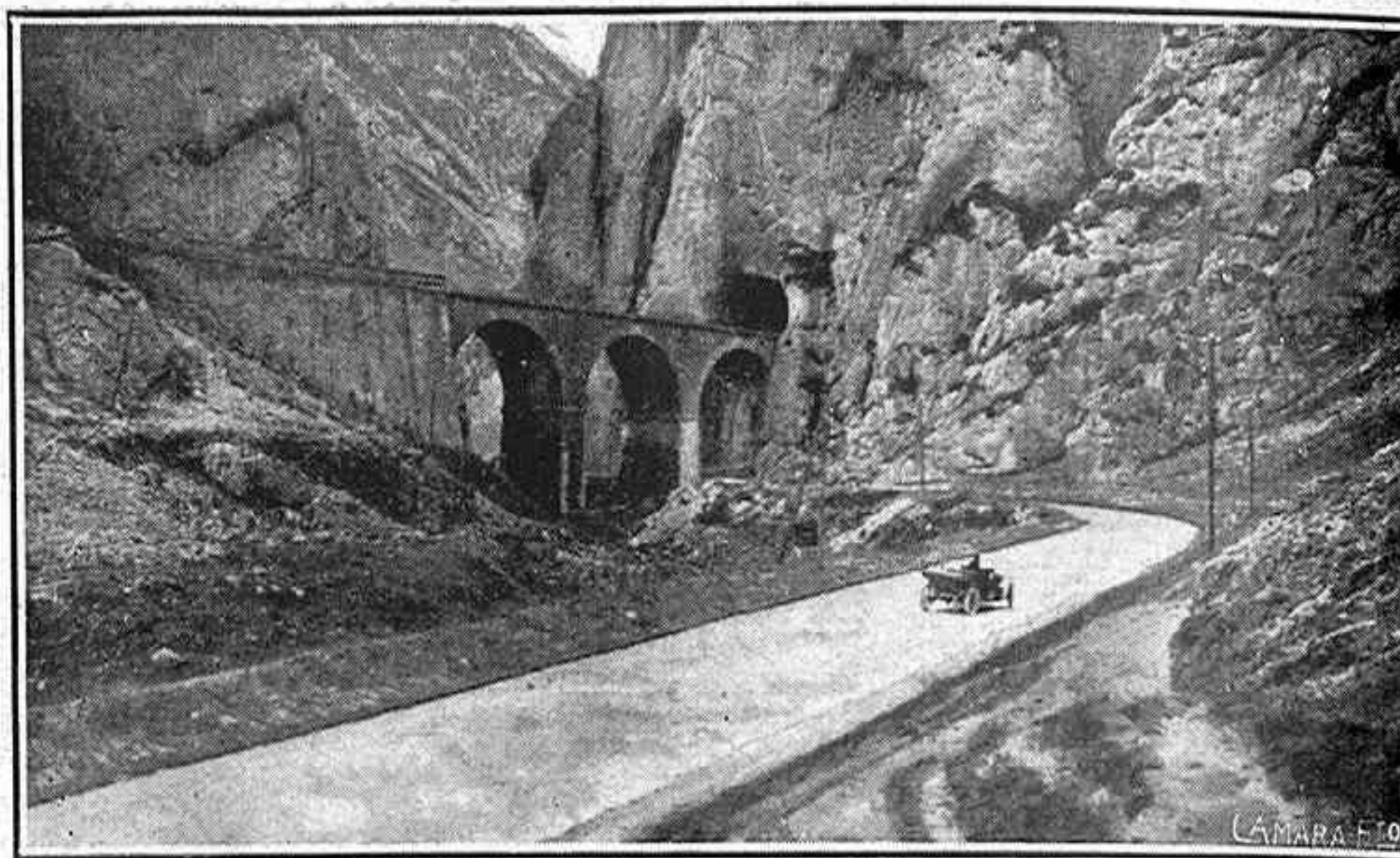
DIBUJO DE ECHEA


 POR TIERRAS
DEL NORTE


ALELUYAS FOTOGRÁFICAS



Un aspecto de Salinas de Leniz (Guipúzcoa)



Pancorbo.—Una calle ferroviaria bajo la montaña pétrea

HEME otra vez entre vosotros, benévolos lectores y contempladores de LA ESFERA. Traigo, como siempre, la cartera de fotografías del buen artista vitoriano Guinea. Saco del escondrijo las reproducciones de lo que el objetivo inmortalizó en la placa química. Y no tengo otro trabajo que el de escoger lo más interesante. Algunas de estas visiones estampadas me recuerdan viajes, sucesos, realidades y fantasías. Ciertamente que la única dificultad del fotógrafo ha sido el de la elección, porque en torno de su máquina palpitaban los asuntos curiosos y emocionantes. Y ese es el triunfo y esa es la gloria del aparato misterioso que detiene e inmoviliza los accidentes varios de la realidad. Y yo echo mano á la cartera, revuelvo el montón de las estampas, elijo, dudo, aparto unas, pongo delante otras y al fin me encuentro sugestionado por la duda en el acierto.

Otras veces, he enviado á las columnas de LA ESFERA algunas de estas fotografías porque me habían impresionado poderosamente. Ahora me hallo en el titubeo de la selección. Y por ello, faltándome la prosa, será la fotografía la que impere. Y esa es la causa de que titule esta página *Aleluyas fotográficas*.

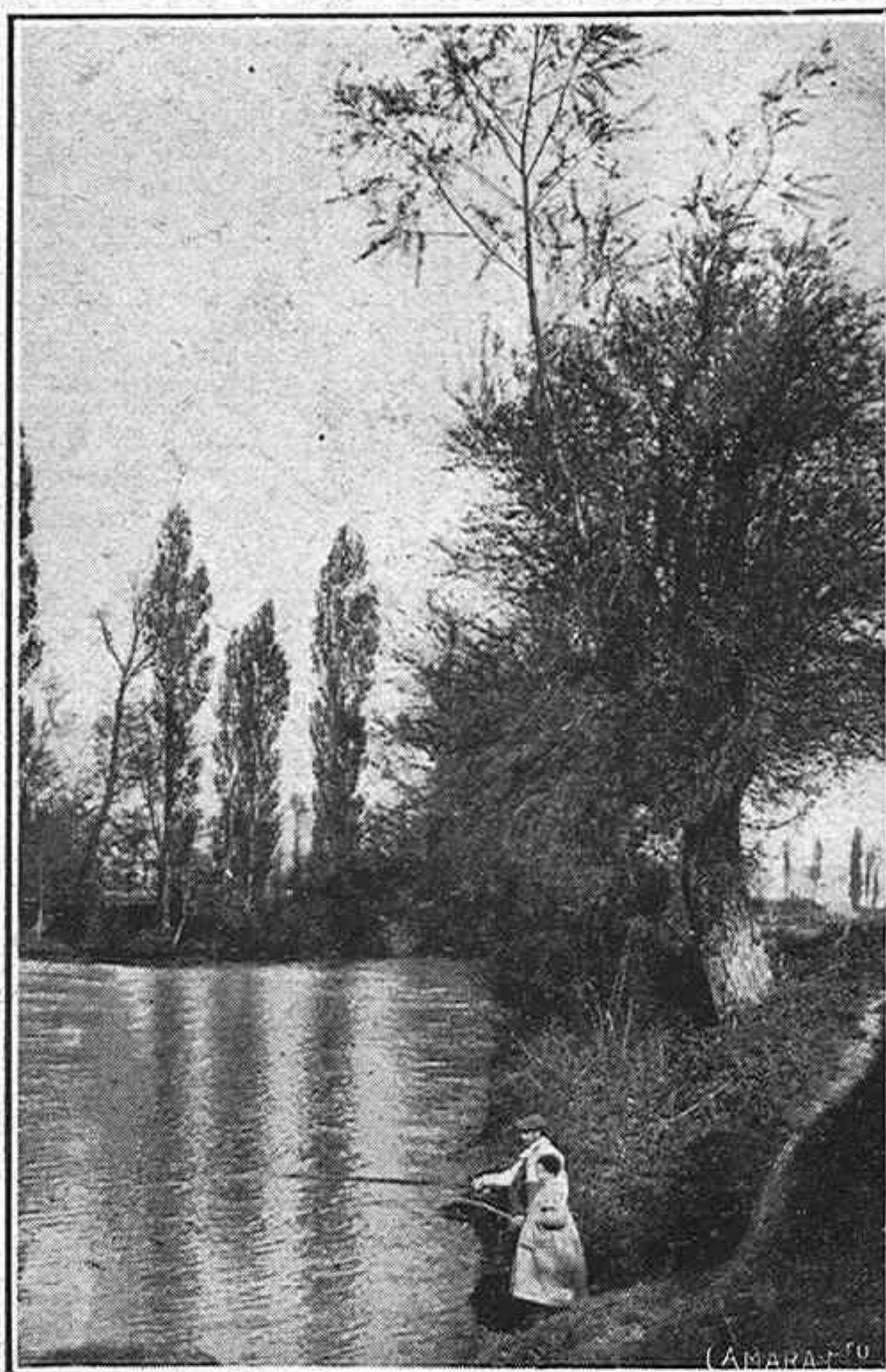
Proclamo con sinceridad de artista que estas evocaciones de un rincón del mundo, de la curva de una carretera, de una ruina olvidada, de una escena lugareña, son el más excitante motivo de amor á lo bello que cabe imaginar.

No es sólo la sorpresa del accidente de la realidad que ha sido sorprendido por esa maga de un solo ojo que reluce y que vertiginosamente parpadea. Es el acaso, la fortuna de haberse tropezado la máquina fotográfica con una escena bella, con un espectáculo digno de remembranza. Los maestros de la estética seguirán discutiendo á través de los siglos la razón fundamental de las artes. ¿Por qué es esto bello? ¿Por qué no lo es lo otro? Miles y miles de fotógrafos andan por la tierra recogiendo en la cámara obscura lo que ante ella se presenta. Son pocos los que consiguen honrar la placa instantánea con el acierto de un hallazgo digno de ser recordado.

Pero cuando el objetivo da en lo maravilloso, se produce un fenómeno inolvidable: millones de hombres han pasado delante de la escena y uno solo la ha recogido.

Ahí tenéis la entrada de Pancorbo, una calle ferroviaria bajo la montaña pétrea. Estamos en uno de esos recónditos lugares en los que se han desarrollado las guerras civiles. Allá, abajo, el río majestuoso. En torno las ciclópeas murallas. Los altos riscos y las planicies se disputan el predominio. El general Espartero, el olvidado defensor del trono constitucional, cuidaba de estas montañas de Pancorbo como de la base de sus operaciones. Y él dijo un día: «La reina Isabel tiene el solio entre los peñascales que dominan el Ebro...» Ved el espectáculo: una trinchera, un puente, un túnel. Al otro lado de la obscuridad se halla la inmensa planicie. Siete años de guerra civil, la de nuestros abuelos, tiene en esa fotografía toda la explicación. Yo no puedo permane-

cer extático ante la tormentosa proyección de las montañas. No habrá un rincón de ellas donde aun no queden huesos de soldados isabelinos ó de voluntarios carlistas. La mitad de la vida



En el río Zadorra (Alava).—Pescadores de caña

española se ha derretido sobre esas cimas en el fuego de los odios. Yo no sé cómo puede haber tantos compatriotas ignorantes ó frívolos que, al pasar, en su viaje de veraneo, por allí, no se sientan emocionados. Muchos de ellos perderían

en esa región al abuelo ó al padre; todos son los responsables en la posteridad de la horrenda tragedia que aun no ha concluido.

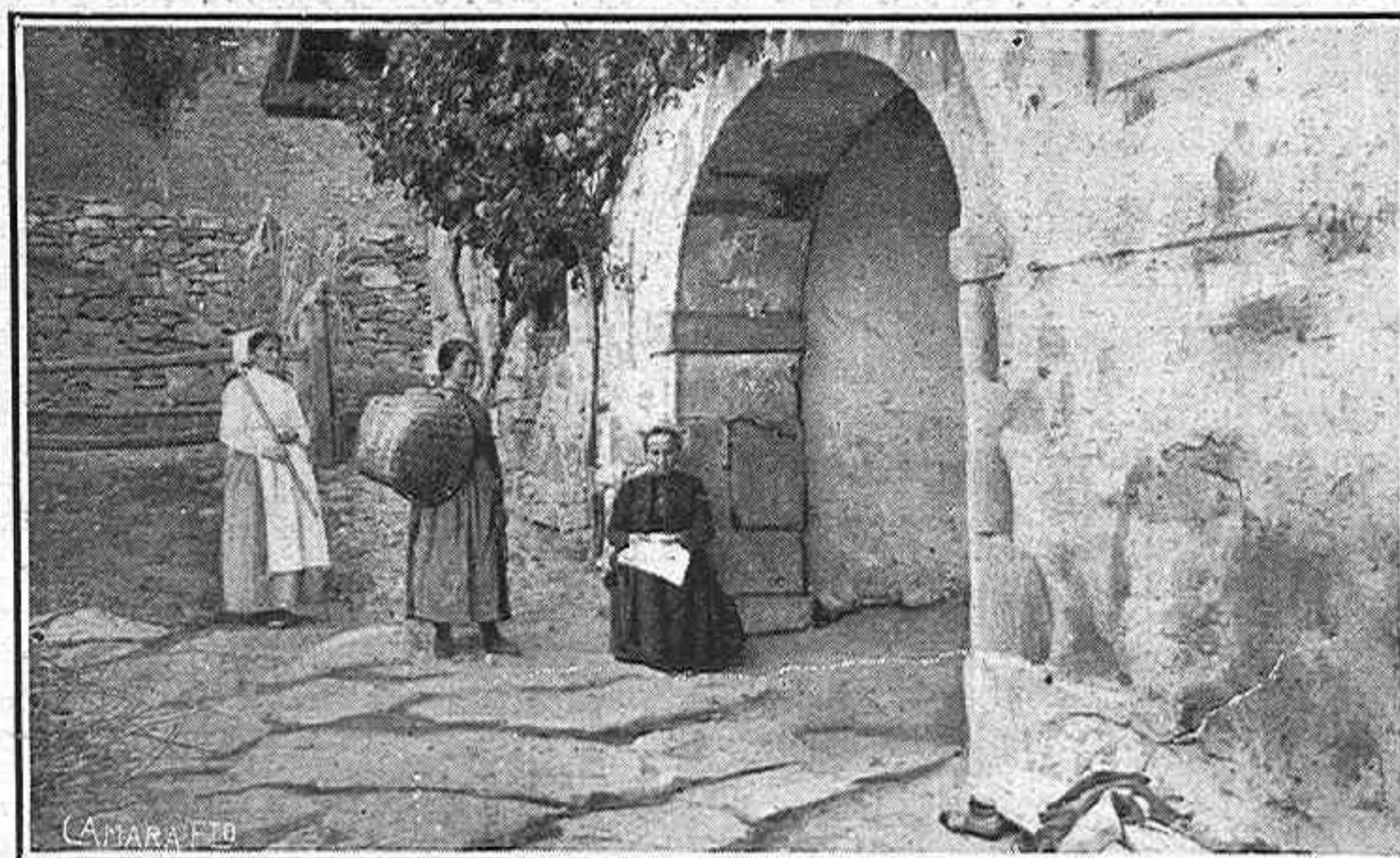
Y luego se me ofrece una escena de inmensa dulzura aldeana: Salinas de Leniz. El apelmazado caserío sobre cuyas tejas surge la alta torre parroquial, una carreta arrastrada por bueyes, el conductor con la ahijada sobre los hombros y, delante, otro aldeano. La labor ha concluido, los pacíficos bueyes olfatean ya el descanso de la cuadra. Eso no es nada, eso no valdría la pena de que el fotógrafo lo recogiese y citara. Y, sin embargo, qué emoción tan honda el retorno del hombre laborioso y de las bestias fatigadas...

Hay momentos en la vida campesina de la llanura alavesa, que son la fórmula definitiva del idilio clásico. Las carretas, cargadas de mies, se disponen á entrar en los caseríos; hombres y mujeres se afanan en la labor; el crepúsculo vespertino se entrega al brillo estelar; los objetos se esfuman en el ambiente; suenan á lo lejos los campanarios de las aldeas circundantes, y las aves buscan su dormitorio con el postrer latido de sus gargantas canoras. Los humos de las cocinas lugareñas surgen como columnas salomónicas aquí y allá, y esas carretas avanzan con el chirrido de las toscas ruedas al paso lento de la pacífica yunta.

Acaso pasan cerca de la ribera del Zadorra, el río manso, de fantásticos meandros, el que huye de los cerros y gusta de dilatar su humilde caudal en el fondo sin fondo de un camino de amores. Río sin pretensiones, río de poetas, el que sólo contiene el agua necesaria para que en su superficie se copien los árboles ribereños. Y, acaso, en una rinconada de las orillas, alguien intenta el inverosímil suceso de pescar un barbo fantástico, morador de las ondas.

Pero si hay un soñador que cuente con las presas de la pesca, más allá está el centro de toda la actividad campesina. Cerca de Aramayona hallaréis el caserío, un viejo y fortísimo edificio, en el que una familia labradora radica desde los tiempos inmemorables. Esa es la familia; ese es el hogar. Cuando la revolución anunciada se consume, ese caserío, que aquí veis fotografiado, seguirá siendo el núcleo de la raza. La reina de la casa está sentada en humilde silla esperando á los suyos, recibiendo á sus servidoras. Se habrá hundido todo; no habrá ya de la monarquía sino un vago recuerdo, y los mudables poderes sucesivos habrán ido destruyéndose los unos á los otros...

¿Qué será de los que vivimos en la cresta del cráter?... Yo sueño siempre con la antigua casa aldeana, donde perduran los arcaicos ideales de la vida nacional, y en esa hora temida yo quisiera estar delante de la puerta del caserío de Aramayona para pedir á la casera un plato de la substanciosa sopa de coles y un vaso de leche de la vaca que allí cerca rumia, modo de concluir las desdichas sociales, que no sería sino el medio de empezar la vida santa y sana.



Aramayona (Guipúzcoa).—Un caserío

FOTS. GUINEA

J. ORTEGA MUNILLA

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



PORTADA PRINCIPAL DEL PALACIO VIEJO DE LOS CONDES DE GOMARA, EN SORIA, QUE CONSTITUYE UNO DE LOS MÁS ANTIGUOS Y NOTABLES EDIFICIOS DE DICHA CAPITAL, POR SU GRAN VALOR ARTÍSTICO Y SU CARÁCTER INCONFUNDIBLE DE CASA NOBILIARIA, EN CUYO FRONTISPICIO CAMPEA EL ESCUDO DE LOS TORRES

FOT. HIELSCHER

PEDRO CRESPO

(EN MEMORIA DE D. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA)



—El blasón mas nobiliario,
el barrote más entero
de la hidalguía española
es este viejo,
que, curándose el honor
ultrajado por sí mesmo,
puso un laurel en sus sienas
y dió memoria á su pueblo.
—¿Cómo decís que se llama?
—Pedro Crespo.

Es el tal un hombre rico
aunque de empaqué modesto,
sencillo en gusto y costumbres,
en trances de honor, soberbio.
Tiene la mejor hacienda
de la villa y del concejo;
diz que puede caminar
casi dos días enteros
por tierras de su labranza,
y el buen viejo
gusta más la placidez
desta vida de sosiego,
que en la Corte del monarca
lucir como caballero.

Tiene también una joya
de tal mérito,
que no hay custodia sagrada
que se tenga en más aprecio.

Por librarla de golosos,
en habiendo forasteros
sólo Febo ve la joya,
aunque se dice que Febo
no quiere mirarse en ella,
porque le nublan los celos.

No ha mucho que una mañana
llegó soldadesca al pueblo,
y un capitán, por acaso,
vió el portento
que guarda como reliquia
el ricacho Pedro Crespo,
y estimándole botín,
dió en pensar que fuera bueno
ponerle en la impedimenta
al partir el regimiento.

Robó la joya y perdióla,
sin curarse el ladronzuelo

de que otras manos villanas,
hallándola por los suelos,
tomáranla por bacía
de barbero,
en que barbás arrieriles
y barbás de caballeros
en fe de ser todas barbás
encajan por igual precio.

Quiso, pisando su hombria,
remediarlo Pedro Crespo,
y encontró frente á las súplicas
los dictérios
y las mofas de un rufián
con trazas de caballero,
que no paga con su nombre
los caprichos de su cuerpo.

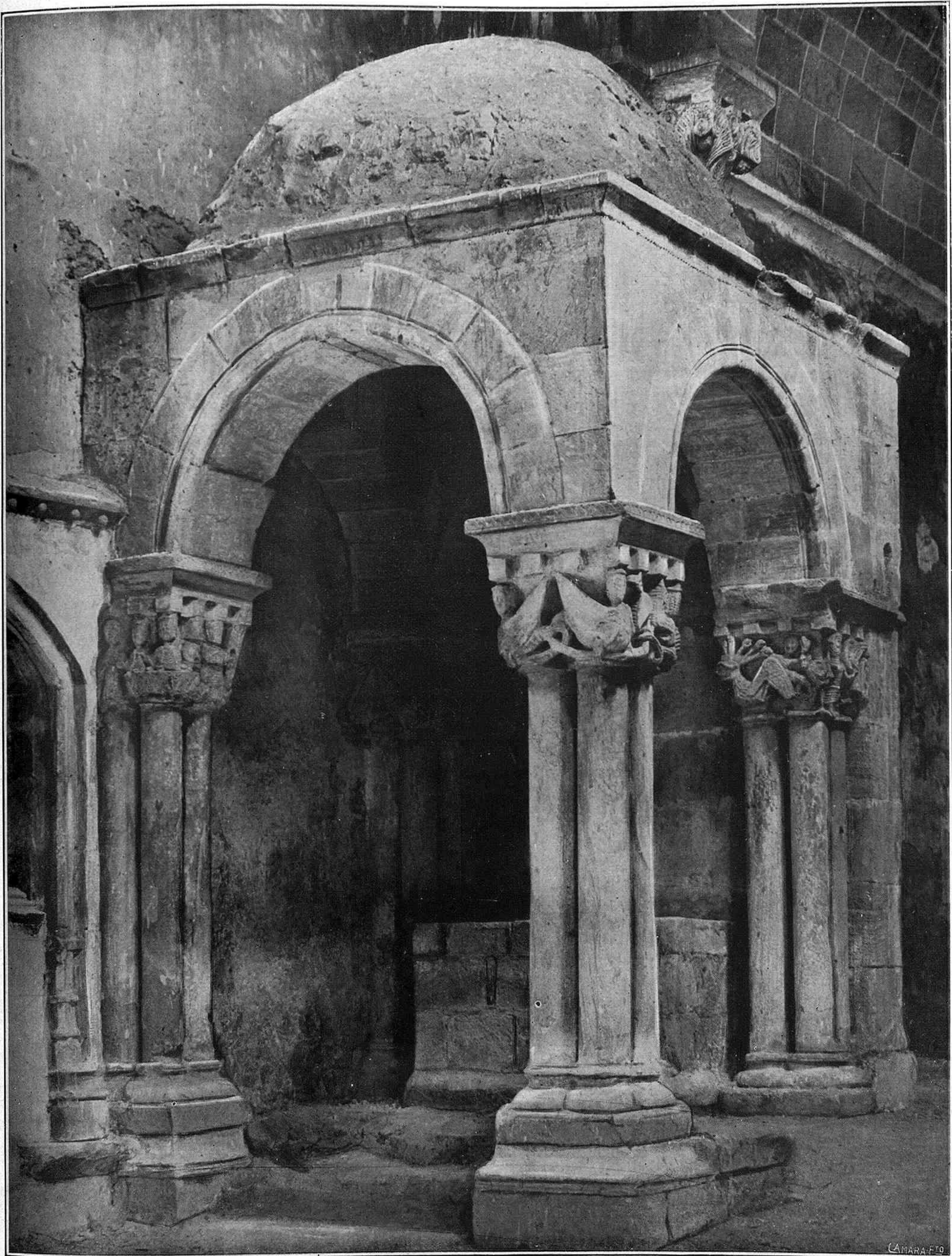
Pedía como un mendigo,
imploraba como un reo,
lloraba como una hembra
el pobre viejo,
y el seductor, amparado
cobardemente en el fuero
de guerra, daba por burla
haber honor villanesco.

Tórnase brusca la suerte,
y quiere el Cielo
darle la vara alcaldesa
al villano Pedro Crespo,
que siempre entre sus iguales
fué tratado con respeto,
y hacen de él estimación
el cabildo y el concejo,
y dando un fuerte mentís
al adagio truhanesco,
que pide justicia fuera
y en casa quiere sosiego,
metió la justicia en casa
lo primero,
y la afrenta de su honor
(les pese á todos los fueros)
colgó de una recia viga
Pedro Crespo,
desde entonces por insigne
privilegio
de Su Majestad, alcalde
de Zalamea, perpetuo...

Diego SAN JOSÉ

DIBUJO DE MARÍN

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



UNO DE LOS ALTARES LATERALES DE LA IGLESIA DE SAN JUAN DE DUERO, EN SORIA (SIGLO XIII), CUYOS CAPITELES ROMÁNICOS, MARAVILLOSAMENTE ESCULPIDOS, SON DE EXTRAORDINARIA BELLEZA Y GRAN VALOR ARQUEOLÓGICO

FOT. HIELSCHER

CÁMARA-F19

TEATROS DE ESPAÑA

TEATRO CELTÍBERO.—TEATROS ROMANOS.—TEATROS ESPAÑOLES

VALERIO Marcial señala la existencia de teatros en la Celtiberia, en los que se representaban fábulas más ó menos escénicas, acompañadas de canto y baile, en los santuarios, ante los mismos iberos, en lengua indígena. Ciertamente que esto no era realmente un teatro, pero tampoco lo eran los versos y cantos de Terpis, y, sin embargo, de ellos nació el teatro griego.

Teatros romanos.—TARRAGONA

Conquistada nuestra Península por los romanos, al dividirla en dos partes, *citerior* y *ulterior*, según su posición geográfica con relación á Roma, erigieron á Tarragona capital de la *citerior*, dotándola de grandes monumentos, entre ellos el teatro, que se alzaba en la hoyada del actual presidio, en la que se admiran la soberbia fábrica y altas bóvedas de las gradas, que formaban la parte principal de aquel majestuoso edificio, destinado á las artísticas representaciones de la tragedia en el tablado y á las sangrientas de hombres y fieras en la arena.

TOLEDO

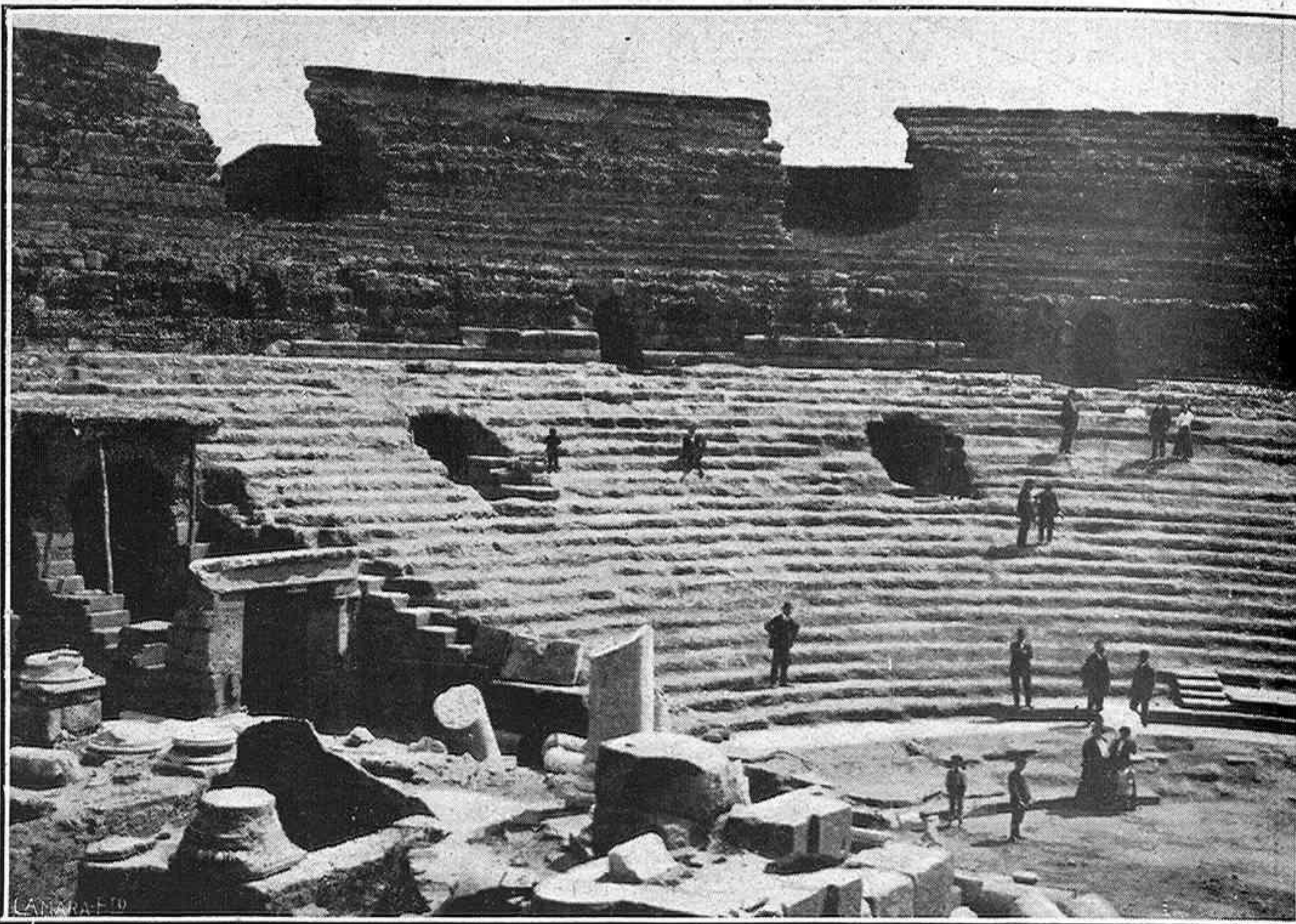
En el barrio de las *Covachuelas*, cerca del río Tajo, hállanse los restos del teatro romano, según el arquitecto Sr. Mondego, y por cierto que sobre basas y torres se han encontrado los célebres vasos que, según Vitrubio, se colocaban en las gradas de los teatros griegos para la mayor sonoridad y alcance de la voz de los actores. Posiblemente este edificio sirvió para teatro, para hipódromo y para naumaquia.

SAGUNTO

El *Teatro Saguntino* se alza en la falda de un monte, con vistas al mar, en un bellissimo paisaje. La *orquesta* ó patio de este colosal monumento mide 96 pies de diámetro, y de ella arrancaban magníficas escaleras para subir á las gradas y pórtico de las mujeres, sobre el cual, según el deán Sr. Martí, se levantaba otra grada para las meretrices, soldados y esclavos. La escena para los actores medía 66 metros de largo y 12 de ancho, cerrando el fondo un rico palacio de tres cuerpos. Derruido, como en el día se halla, este teatro, de pura arquitectura etrusca, asombra por su grandeza y magnitud.



El teatro romano de Sagunto



Circo romano de Mérida

MÉRIDA

El teatro de Mérida se levanta en la parte meridional de esta ciudad. De forma circular y magnífica piedra de sillería, contaba con tres órdenes de gradas, para la nobleza, el pueblo y los esclavos, siendo de notar que la grada primera se halla como soterrada. Según se lee en los *Recuerdos y bellezas de España*, por una lápida encontrada en su recinto, sábase que tan grandioso monumento fué construido veintisiete años antes del nacimiento de Jesucristo. Con justa razón ha sido declarado monumento nacional.

SEVILLA

En las excavaciones que hoy se verifican para descubrir las ruinas de Itálica, han aparecido las

bóvedas y gradas del hermoso teatro de la Bética.

Filostrato, en la *Vida de Apolonio de Tyana*, dice que, durante el imperio de Nerón, recorrió Sevilla un histrión cuya alta figura, elevado coturno y horrible máscara causaban verdadero espanto.

Nuestro buen amigo, el docto arqueólogo señor Mérida, cita diversos teatros romanos en Clunia, Reina y Rueda la Vieja, de los que apenas se conservan más que pequeñas ruinas, que él solo, con su mucha ilustración, puede apreciar.

Teatros españoles.—MÁLAGA

En Málaga, la *Hermandad del Hospital de la Caridad*, situada en una casa cercana al Mesón de Vélez, ofreció al Ayuntamiento su gran patio para erigir un *Corral de Comedias*, en provecho de la Beneficencia pública, quizá por los años de 1520, que luego se trasladó, por insuficiente, á otro edificio próximo á la catedral y al muelle, levantándose en 1676 uno tan lujoso, que se consideró como el mejor de Andalucía.

Mucho después construyó una *Casa de Comedias*, en la calle de la Compañía, D. Salvador Marqués, inaugurándola el año 1768.

Otro nuevo coliseo que se llamó *Teatro Principal*, y que todavía funciona, se levantó, por iniciativa del ilustre malagueño D. José Antonio de San Millán, bajo la dirección del excelente arquitecto italiano D. Vicente Mazzoneschi, abriéndose al público en 1793 (Escovar).

VALENCIA

Según Escolano, el primer *Corral de Comedias* de Valencia estuvo en las afueras de la calle de Murviedro, el año 1526.

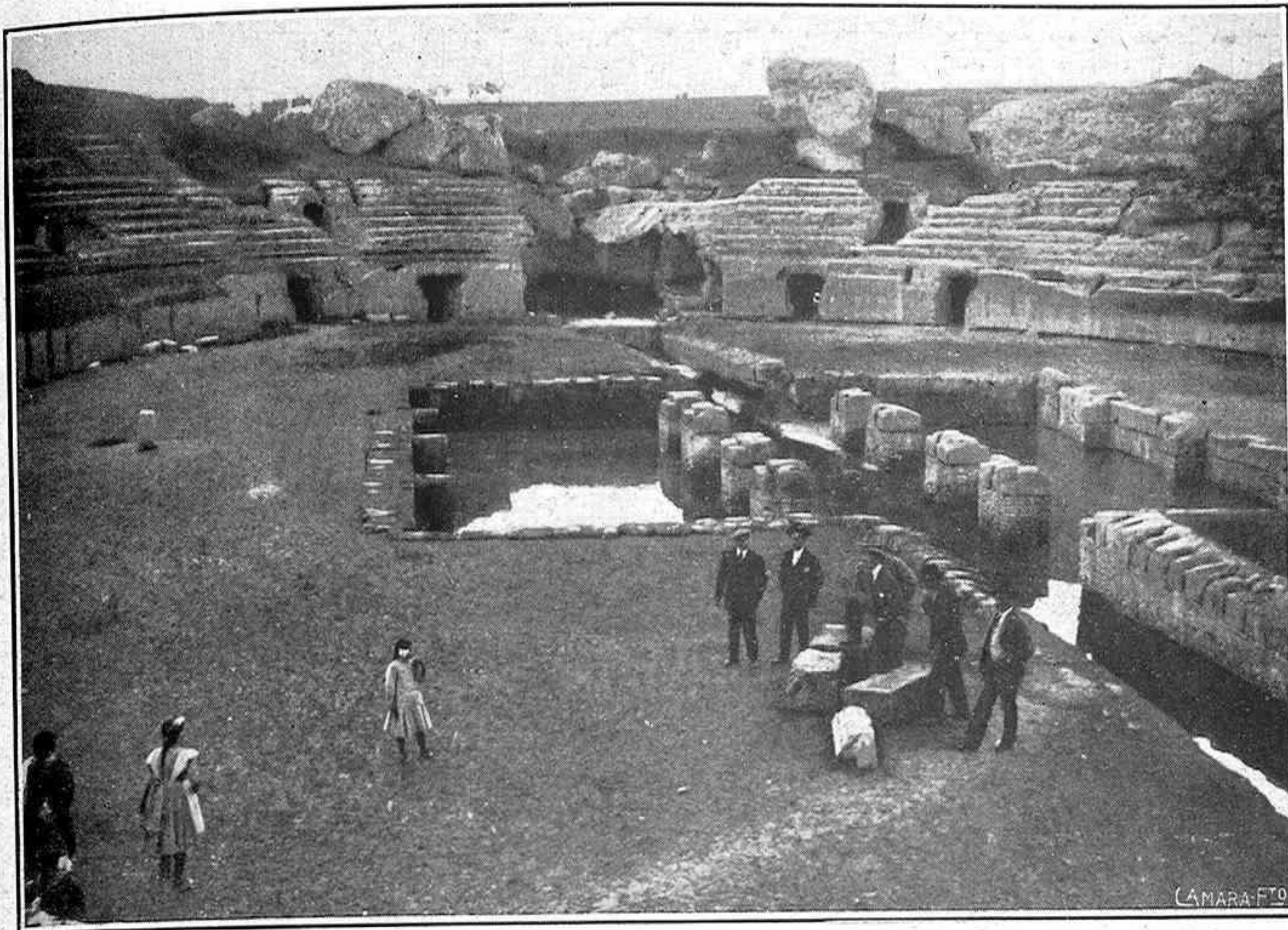
En 1582 hubo otro, con el nombre de *Casa de Comedias*.

En 1646 se levantó otro en el lugar que luego ocupó la parroquia ó congregación de Santo Tomás.

Después, el hospital compró unas casas en la plaza de la Olivera, edificando un teatro según los planos del P. Tosca, tomando dicha plaza el nombre de «Plaza de las Comedias».

SEVILLA

El primer teatro de Sevilla estuvo en el *Corral de Doña el Vira* (Doña Elvira de Ayala), en



Ruinas de Itálica, en Sevilla

el terreno que ocupó el hospital de Venerables Sacerdotes. Debíó levantarse á mediados del siglo xvi.

De aquella época fué el *Corral de Don Juan*, así llamado del nombre de su dueño, y el de *Atarazanas*.

Parece que en 1608 se levantó el del *Coliseo*, que ya existía con el título de *Corral de los Alcaldes*, á fin de mantener con sus alquileres la beneficencia.

Más tarde, el año 1624, se labró el llamado de la *Montería*, en un patio del Alcázar, durante la estancia del rey Felipe IV en Sevilla (Velilla-Sánchez Arjona).

Rodrigo Caro, en sus *Antigüedades de Sevilla*, cita dos antiquísimos coliseos de madera, en la entrada y patio de la Casa Real, que bien pudieron ser los primeros de la ciudad.

VALLADOLID

Que el año 1554 debía contar Valladolid con teatro, nos lo hace suponer que en dicha ciudad pasó el gran Lope de Rueda, trabajando y cosechando aplausos, de 1554 á 1557, y en ella casó con Mariana, su primera mujer.

BARCELONA

En Barcelona, el *Teatro de Santa Cruz*, ó Principal, que con ambos nombres fué conocido, debió su fundación á un legado que el año 1560 otorgó D. Juan Boch á favor del hospital de Santa Cruz. Fué en sus primeros tiempos de madera, restaurándolo en 1729 y construyéndolo de fábrica el año 1787. Un horroroso incendio le destruyó hace pocos meses.

CÓRDOBA

Seguramente Córdoba tenía *Corral de Comedias*, ya que en él actuaba Lope de Rueda cuando, en 1565, le sorprendió allí la muerte.

MADRID

En Octubre y Noviembre del año 1561 trabajó Lope de Rueda, por deseo de la reina doña Isabel de la Paz, en un teatro improvisado en el Real Alcázar, y por cierto que, no habiendo recibido más que ¡cien reales! en cada una de sus dos representaciones, abandonó la corte, dejando empeñados sus modestos equipajes.

En 1568 contaba Madrid con cinco *Corrales* ó teatros públicos: uno en la calle del Sol, trozo que iba de la Puerta del Sol á Platerías, según nuestro inolvidable amigo Cambroneró; el de Isabel Pacheco y el de Burguillos, en la calle del Príncipe; el de Cristóbal de la Puente, en la del Lobo, y el de la Valdivieso, ignórase en qué sitio.

La *Cofradía de la Pasión*, fundada en 1565 para vestir pobres, dar de comer á los presos y sostener el hospital de mujeres, alquiló el Corral de la Pacheca para, con sus productos, atender á estas necesidades.

La *Cofradía de la Soledad*, fundada en 1567 para recoger los pobres salidos de los hospitales y sustentar los niños abandonados, solicitó igual privilegio, y, tras largo pleito, ordenóse que la de la Pasión recibiera las dos terceras partes de los productos, y una la de la Soledad.

A petición del cómico y titiritero italiano Alberto Ganasa, cubrieron con un tejadillo la parte del escenario, y colocaron un toldo en el patio para librar á los espectadores del sol y de la lluvia.

Más adelante, por no ceder á las exigencias de la Pacheco, compraron al doctor Alaba, médico de Felipe II, unas casas lindantes con su corral, y en ellas levantaron el *Teatro del Príncipe*, hoy *Español*, con *bancos* para los caballeros, *apoyentos* (palcos) para las damas, *gradas* en el patio con *barandilla*, y *cancela*, *jaula* ó *corredor* para las mujeres, señalando el patio para los hombres, y á mitad de la calle de la Cruz erigieron el de la *Cruz*, así llamado por una cruz

que allí había, ó por la hermandad del Santo Cristo de la Piedad y la Cruz.

El año 1738 construyó el Ayuntamiento el nombrado *Caños del Peral*, en el terreno de los lavaderos públicos que existían en las calles de Carlos III y Arrieta y plaza de Isabel II, primero para canto, y luego para verso, reformando los otros en 1743 y 45.

Mientras en el lujoso teatro de Palacio, en el Buen Retiro, el marqués de Heliche y el Almirante, ayudados por maquinistas y pintores italianos, «robaban todo su imperio á la Naturaleza», los populares sólo contaban con unos viejos damascos para figurar calles, jardines y palacios. En el siglo xviii, y sólo en doce funciones del año, llamadas *de teatro*, se ponían telones y bastidores pintados. El gran conde de Aranda, en 1766, con sus muchas reformas, dispuso que fueran á diario.

El marqués de Grimaldi, en 1764, abrió los teatros de los Sitios Reales, en La Granja, Aranjuez y El Escorial, que son los mismos de hoy, con algunas reformas.

TOLEDO

En 1576, y en el llamado *Mesón de la fruta*, hubo teatro. Por la mañana se vendían en el patio las hortalizas y frutas, y por la tarde se representaban comedias, hasta que el año 1633 se levantó en el dicho patio por el Ayuntamiento, y á cuenta de los Propios, un teatro sólo para comedias, que fué reformado en 1700.

ZAMORA

El año 1617 inauguró la nueva *Casa de Comedias*, de Zamora, la famosa cómica Josefa Vaca (Fernández Duro).

ZARAGOZA

En el siglo xvii debió contar Zaragoza con teatro, puesto que en el año 1650 se hizo en él una gran función para obsequiar á doña Mariana de Austria, que vino á casarse con el rey Felipe IV.

ALICANTE, MURCIA, ELCHE, ORIHUELA

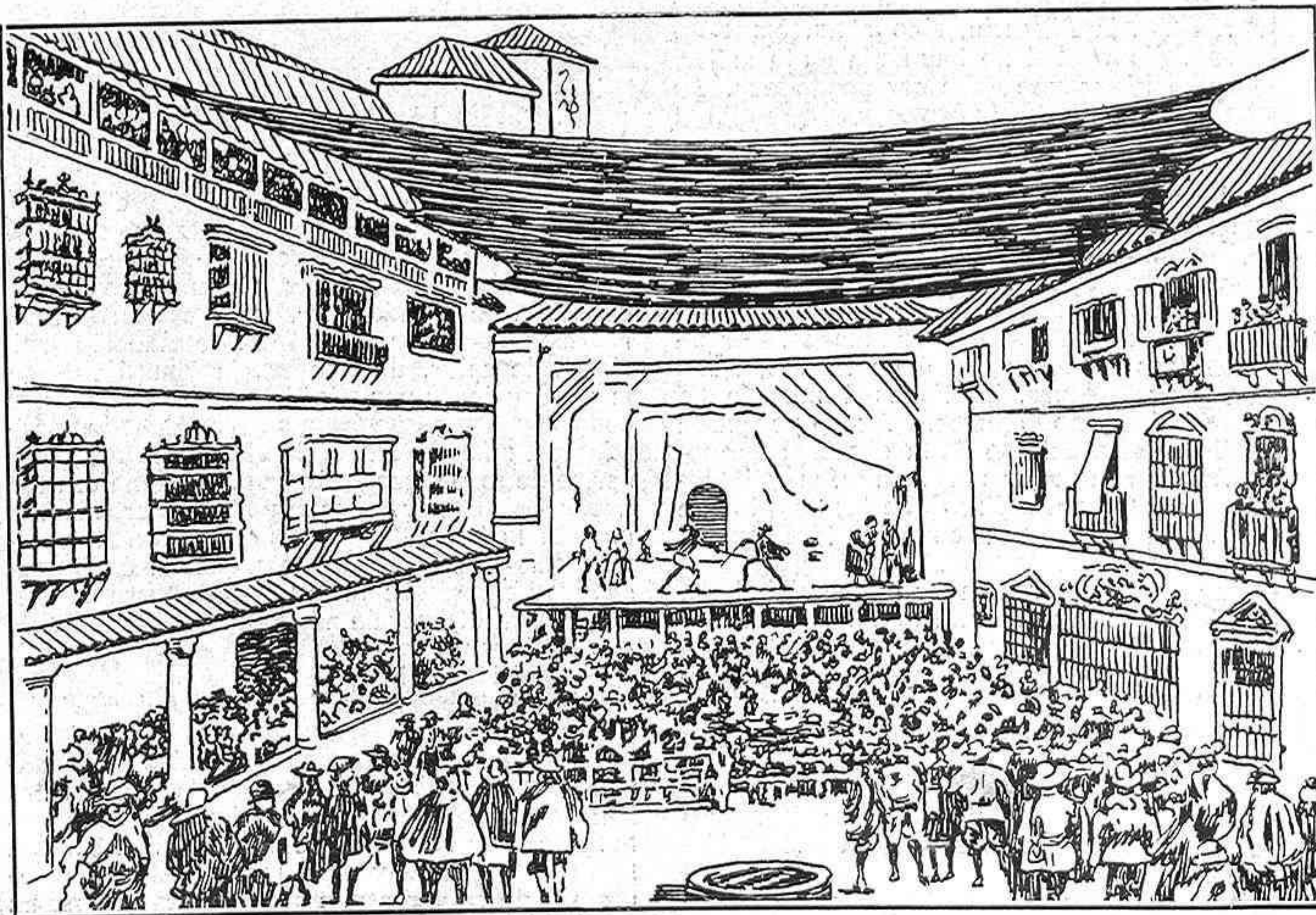
Que poseían teatros estas poblaciones lo demuestra que el obispo de Orihuela prohibió en ellas las representaciones, y en 1779 mandó derribar el de Orihuela.

CÁDIZ

Del siglo xviii debió ser el llamado del *Balón*. Vamos á terminar.

Poco hace se incendiaron los de Vitoria y Santander, muy antiguos. En la actualidad, y con bastantes años de existencia, pueden señalarse el Teatro Principal, de Granada, y el de San Sebastián, y el viejo teatro de Avila.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS



El teatro del Príncipe (hoy Español), de Madrid, según una estampa de la época

LÁSTIMA de flores!—exclamó Gonzalo, contemplando de cerca el frondoso ramillete de rosas de trapo que se erguía airoso en un macetón de porcelana—. ¡Lástima de flores! Les falta lo principal: el aliento, el espíritu.

Y, sentándose de nuevo en un silloncito de mimbres, añadió un tanto enfático:

—Son como bellas estatuas: mármol, piedra, bronce. Está en ellas la gracia de la línea, de la forma, del color; pero, como en toda estatua, falta lo principal: la luz, el fuego, el hábito interiores, que es el porqué, la razón de la forma é indispensable complemento de ella. Claro está que Fidias y Praxiteles supieron infundir á sus esculturas el espíritu de que en realidad carecen, y, por lo mismo, estas flores sabiamente compuestas, remedo perfecto de la obra de la Naturaleza, parecen tener el perfume que les falta. Pero lo que el sentimiento y la imaginación aceptan, el olfato, sin fantasía posible, rechaza. Y en cuestión de flores, el olfato es la primera autoridad. De ahí que me parezcan obras imperfectas de la madre tierra las flores que, como la amapola, la orquídea, el pensamiento, carecen de fragancia. Me dan la sensación de flores muertas, mejor dicho, que nacieron ya muertas.

—Menos romántico que tú—opinó Amadeo—, yo me conformo con la forma. ¿Qué más da que estas flores tengan ó no perfume, sean ó no sean de verdad? Están admirablemente fabricadas, son bellas, y esto es lo interesante. Para mí valdrían igual, si las flores de veras no tuviesen olor. La forma es lo importante... Lo mismo me sucede con las mujeres...—y perdonad el énfasis del símil—. Siendo bonitas, habiendo en ellas forma, lo demás no me interesa.

—Soy de la misma opinión, como Avellaneda—refrendó Vicente—. A una mujer se le puede perdonar todo, todo... menos que sea fea. La fealdad es imperdonable.

—No basta con que una mujer sea bonita—dijo Gonzalo—. Yo exijo mucho más. Necesito que sea inteligente, que tenga espíritu...

—Y que además sea un ángel de bondad, ¿no?—añadió Amadeo.

—No es menester tanto... Me contento con que haya en ella sentido artístico, concepto de la vida amplio, generoso. Vamos, que no sea un pedazo de carne únicamente, por bien modelado que esté. Que piense, que sienta, que tenga una modalidad espiritual... Una mujer sin espíritu no existe. Es como una de estas flores de que habíamos antes... ¿Qué opinas tú, Tristán?

Tristán, algo apartado, en un rincón de la sala del club—que el crepúsculo comenzaba á apenumbra—, respondió:

—Que voto contigo... Que en materia de mujeres y de flores no me contento con la forma... Y aun pido más que tú: exijo que haya, no sólo comprensión, inteligencia, sino alma, emoción, bondad... Sin bondad no hay nada en la mujer. Antes que inteligente debe ser bondadosa. *La bondad que hermosea la hermosura*, que dijo el poeta, reputando la bondad como suprema belleza.

—Si tan exigente eres, no vas á encontrar nunca mujer á tu gusto.

—¿Por qué no? Hay tantas mujeres buenas... Hay tantas bonitas... Tantas inteligentes...

—Lo difícil—contestó Amadeo—es hallar reunidas en una sola esas tres cualidades. Porque mujeres feas é inteligentes á un tiempo, y con lentes por añadidura; las tienes á porrillo. Y feas bondadosas no digamos... Acaso porque la bondad parece asustarse de la excesiva hermosura... Pero una mujer muy bonita, muy inteligente y muy buena... Claro que las hay; lo que yo no sé es dónde. ¿Has conocido tú á alguna, Tristán?

—Una conocí que reunía las tres cualidades... á primera vista. Era, á un tiempo, demasiado bonita y demasiado inteligente. Y hasta llegaba á parecer buena en la misma medida por aquello de que la inteligencia pasa muchas veces por bondad. La conocí y me enamoré de ella.

—¡Hola, hola! Eso sabe á aventura.

—Cuenta, cuenta...

—No hay inconveniente. Pero si aventura puede llamarse, lo fué hartito triste, como el desenlace de casi todas.

Tristán sentóse un poco más cerca de sus amigos, y continuó:

—Si verla era una gloria, oírla era otro pa-



raiso. Poseía la voz más dulce, más deliciosamente timbrada que se puede escuchar. Y cuanto decía era discreto, atinado, producto de una sólida instrucción y un entendimiento clarísimo. Pero nada más había en ella. Era como una hermosa estatua que por milagro divino tuviese la facultad de expresar sus pensamientos, pero cuyo sér, por olvido de la mano milagrosa, careciese de corazón. Esta falta de emoción espiritual, de calor, de bondad, jugaba á entibiar mis adoraciones por ella sin conseguirlo, porque cada vez que sospechaba su ausencia de sentimientos, mi amor sabía, de ciego que era, acusarme de torpe, asegurándome que ella era tan buena como linda, aunque yo no lo creyese. Y en esta lucha el tiempo pasaba y, con él, nuestros días de noviazgo, hasta que un día la casualidad vino á decidir la batalla contra mí mismo, contra el amor de mi corazón y la fuerza de mis ilusiones.

—¿Qué lástima!

—Nos hallábamos en Santander, á donde hube de trasladarme siguiendo los pasos de mi amada, como natural apéndice de ella. Todas las mañanas íbamos á la playa del Sardinero. Allí era Eulalia—mi novia—el acontecimiento de todos los días. Por verla bañarse se apiñaban junto á la orilla cuantos—y eran muchos—tenían referencias de su belleza. Esto producía en mí un sentimiento de mortificación mezclado con vanidad. Enojábame que todas las miradas—y no po-

cos gemelos—se clavasen en la figura de impecables líneas, de irreprochable forma, de Eulalia; pero al mismo tiempo halagábame la vanidad de considerar que aquel tesoro tan admirado me pertenecía moralmente y que todos aquellos mirones me lo envidiaban.

—Se comprende.

—Hasta tal punto subyugaba la belleza de mi novia, que la noticia, corriendo de boca en boca, atraía cada mañana nuevos curiosos á la playa, y Eulalia comenzó á recibir numerosas cartas de declaración—que rompía ante mí, riendo—. Más audaz que ninguno, un inglés muy rico que la vió bañarse una mañana, se presentó por la tarde en la fonda para pedírsela á la madre en matrimonio. Esto lo supe después.

—Ignoraría que tenía novio.

—No, por cierto. Pero juzgaba, sin duda, tarea fácil desbancar mi pobreza con sus millones. Pues un día ocurrió...

Tristán cambió de postura y, al evocar lo que iba á referir, tomó su voz un dejo melancólico.

—Un día ocurrió lo que voy á contar, y de cuyo hecho se derivó un detalle insignificante para cualquiera, pero de decisiva importancia para mí. Estábamos sentados en la playa, mirándome yo en los ojos de mi novia, ojos maravillosos que durante mucho tiempo después veía yo por todas partes; ella sonreía y yo la hablaba apasionadamente, en uno de esos minutos de amorosa exaltación en que se improvisan tan bellos castillos de aire y humo... Fabricando á mi antojo el porvenir, me veía á mí mismo el hombre más feliz de la tierra al lado de mi adorada Eulalia, esposa amantísima, madre de mis hijos... dos ó tres angelotes rubios como ella... Y tan ciegame creía en aquella visión, que hubiese tomado por un loco á quien se permitiese ponerla en duda. De pronto, un grito, una vibración general de las personas que en la playa había, me arrancó súbitamente de mi éxtasis. Todos corrieron hacia la orilla, hacia el agua, como si todos quisieran arrojar á ella, al mismo tiempo que se veían muchas manos señalando á un punto y se oía gritar: «¡Allí! ¡Allí! ¡Salvado! ¡Salvado!» Dos ó tres hombres se arrojaron vestidos al mar, y otros tantos bañeros que estaban en el agua corrieron hacia el punto de la tragedia... Era que un señor estaba bañando á un hijo suyo, criatura de cuatro ó cinco años, é internándose demasiado, acaso sin darse cuenta, desprendiéndose de los brazos el niño, que desapareció bajo las aguas. La gente se dió cuenta en el acto y prorrumpió en un grito. Todos, al borde mismo de las olas, mojados los pies por ellas, suspensos, llenos de angustiosa ansiedad, teníamos la vista clavada en el mismo punto. Fué un minuto terrible. El más ágil de los nadadores había llegado á aquel punto y desaparecido para buscar á la criatura. En todos los corazones vibraba, sin duda, la enorme angustia, el mismo temor trágico de ver resurgir del agua al nadador sin la tierna carga. Pero quiso Dios que así no fuese. El nadador surgió de pronto con su presa en el brazo... Todos los pechos, contenido el aliento durante unos instantes, respiramos largamente... Se oyó una exclamación de júbilo, de triunfo. Algunas señoras sufrieron un desmayo; todos estábamos emocionadísimos; en todos los ojos de mujer había lágrimas... Es decir, en todos, no. Los ojos de Eulalia estaban secos, serenos, sin sombra de ternura que los empañase, sin denunciar la emoción más leve. Yo los miré con ansia primero, con estupor después, y hubiera dado un pedazo de mi vida por que de ellos hubiese brotado una lágrima siquiera, una de aquellas lágrimas que la criatura, á punto de ahogarse, arrancó á todas las mujeres que allí había.

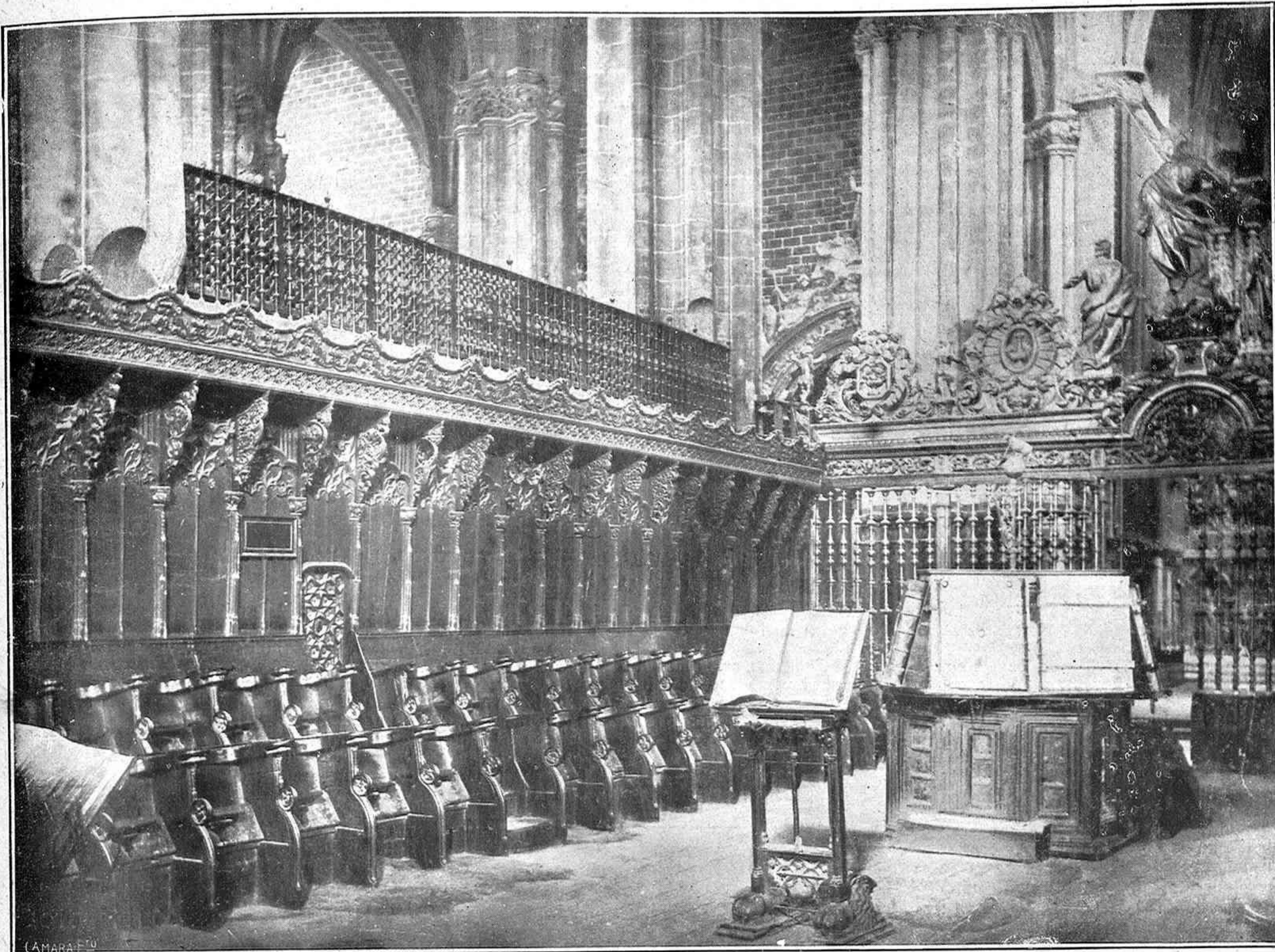
Tristán terminó, tras una pausa:

—Aquella fué para mí la «prueba» decisiva de la falta de corazón de Eulalia, y desde aquel instante renuncié á ella. ¿Cómo unir mi vida á una mujer sin alma? ¿Cómo hacer madre de mis hijos á la que no tenía en su espíritu simiente de maternidad?... Eulalia era sólo una bella escultura, una de tantas flores muertas de que hablaba Gonzalo. Y en la vida de la mujer, como en la de las flores, con Gonzalo voto: lo más importante es la emoción, el perfume.

J. ORTIZ DE PINEDO

DIBUJO DE PENAGOD

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ZARAGOZA



Sillería del coro de la catedral del Salvador, de Zaragoza, de mediados del siglo XV

ANUALMENTE se repiten las festividades de ritual y los actos profanos, en los que, si la novedad no es visible, generalmente, al menos, son motivos para llevar de aquí para allá á ricos y á pobres, que llegan á contaminarse de la algazara y que se mueven sin descanso durante varios días, mientras las contrariedades de la vida quedan relegadas, que no es poco en estos tiempos que, á pretexto de la guerra, parece que cuantos venden tienen derecho á secar bolsillos y carne humana de los desdichados que hasta el agua pagamos.

Atrae Zaragoza, cada vez más bella, constantemente renovada, con edificios suntuosos modernos como el Casino Mercantil, Banco de Aragón, Banco Hispano-Americano, El Aguila, etc., etc.; con monumentos públicos dedicados á grandes hombres, á mártires y héroes; con jardines y paseos espléndidos de vegetación y ricos de color; con su vida de gran urbe; y, unido á todo ésto, para el turista quedan el Museo, las colecciones particulares, los templos, los palacios antiguos, en donde aun existe un arsenal copiosísimo para investigar y nutrir mentalidades.

No he de caer en la costumbre de dar noticias que se reproducen, sin pasar por tamiz, en la serie de guías del forastero, parecidas á esos que, en busca de la propina, se interponen entre la obra y el espectador para espetarle sus *conocimientos informativos*, espontáneamente. No he de volver sobre el tema del templo de Nuestra Señora del Pilar, grandioso por el contenido, no tanto por el continente; se lo saben de memoria, á su manera, hasta los monagos.



Farol policromado de mediados del siglo XIX simulando un león, obra del notable artista D. Valero Tiestos, de Zaragoza

De mi colección de fotografías de arte zaragozano, elijo al azar unas pocas, pues más no consiente el espacio concedido á esta breve nota. No están vulgarizadas.

Me fijo primeramente en obras que recuerdan la magnificencia de D. Pedro de Luna y de Gotor, cuya tiara y blasón ostentan: los bustos de Santos Valero, Vicente y Lorenzo, de fines del siglo XIV ó primeros años del XV, decorados con esmaltes translúcidos, con pedrería, esmaltada la encarnación, dorada la plata que repujaron, con maestría no superada, en el *Renacimiento*; cuanto más se contemplan, más entusiasmo y admiración recaban por su modelado vigoroso, por el dibujo, por la expresión, por la belleza. Peligraron un tiempo, pues chamarileros que van al negocio, sin cuidarse del patriotismo, tentaron con ofertas no despreciables, que fueron rechazadas. ¡Que siempre pueda escribirse lo mismo!

La otra donación papal es el facistol del coro del Salvador, tallado á principios del siglo XV; ejemplar único en grandiosidad y en la forma, donde dominan motivos arquitectónicos y decorativos del goticismo aún severo, monumental. Tal mueble, ahora, ocupa lugar secundario en el coro, cuya sillería, de líneas bellas, de un conjunto decorativo sencillo sin ser pobre, severo sin ser antipático, fué mandada construir por el arzobispo de Zaragoza, virrey de Cataluña, D. Dalmacio de Mur, en cuyo oratorio bajo, del Casal de la Mitra, ya no existe, ni tampoco en el Museo provincial, el retablo de alabastro que él mandó labrar; quedan unas tablas del retablo, pintado á sus ex-



Bustos de San Valero, San Vicente y San Lorenzo, de plata, esmaltes translúcidos y pedrería, donación del Papa Luna y de Gotor, del siglo XV, existentes en la catedral del Salvador, de Zaragoza

pensas por Bermejo, á mediados del siglo xv. Las sillas de la presidencia se distinguen por sus doseles cónicos, cresterías, figurinas y tollajes de alto relieve; los sillones de las dos zonas presentan tallas en los brazos, *misericordias* y altos respaldos. Es soberbio el *pie* del órgano. Todo se labró á mediados del siglo xv.

En bordados, atrae en este templo la casulla de tisú de plata con imaginería, ésta de fines de la centuria xv, y la ornamentación muy bella, barroca.

De los últimos años del goticismo es la escalera monumental del Palacio de la Aljafería (1), por la que nuestros Reyes Católicos, Fernando é Isabel, ascendieron después de la reconquista de Granada y del descubrimiento de América,

(1) En este edificio hay artesonados mudéjares grandiosos.

cuya fecha, desde este año, 12 de Octubre, es fiesta nacional en España; en Aragón se celebraba ya por dedicación á la excelsa Patrona. En los calados arabescos del antepecho y en los arcos y tímpanos de los ajimeces se observa la degeneración de un arte que produjo tan asombrosas construcciones religiosas y oficiales arte nacido en Francia, la más castigada en esta guerra diabólica, con pérdida de joyas inapreciables.

De la centuria xvi tengo á la vista una jarra estupenda, repujada en plata, con prolijidad un

construir el palacio rebautizado como *Casa de la Infanta*. ¡Qué portada y qué reja! La reja, de bronce, es de Guillén de Tujarón, quien mereció hacer, por orden de Felipe II, una para El Escorial. Las demás capillas que se reproducen son de estilo decorativo, del tiempo de los Luises de Francia, posteriores al xiv.

De bordado barroco, es muy notable la casulla de terciopelo negro, decorada profusamente con perlas finas, que viste el arzobispo el día de Viernes Santo.

Y, por último, menciono una obra de vidriería zaragozana, hecha como ensayo á mediados del siglo xix, por D. Valero Tiestos, que en Barcelona, con su hijo Pacó, producen magistrales repujados. Es uno de los faroles del Rosario del Pilar, nota única en el orbe católico.

ANSELMO GASCÓN DE GOTOR



Facistol de Benedicto XIII, del siglo XV

tanto barroca su nutrida ornamentación. ¡Qué línea tan bella, describen el asa y su arranque!... Es del cabildo zaragozano.

Vaya también un ala del interior del templo del Salvador, la del lado de la Epístola: en primer término está la capilla monumental de San Miguel, enterramiento de Zaporta, el que mandó



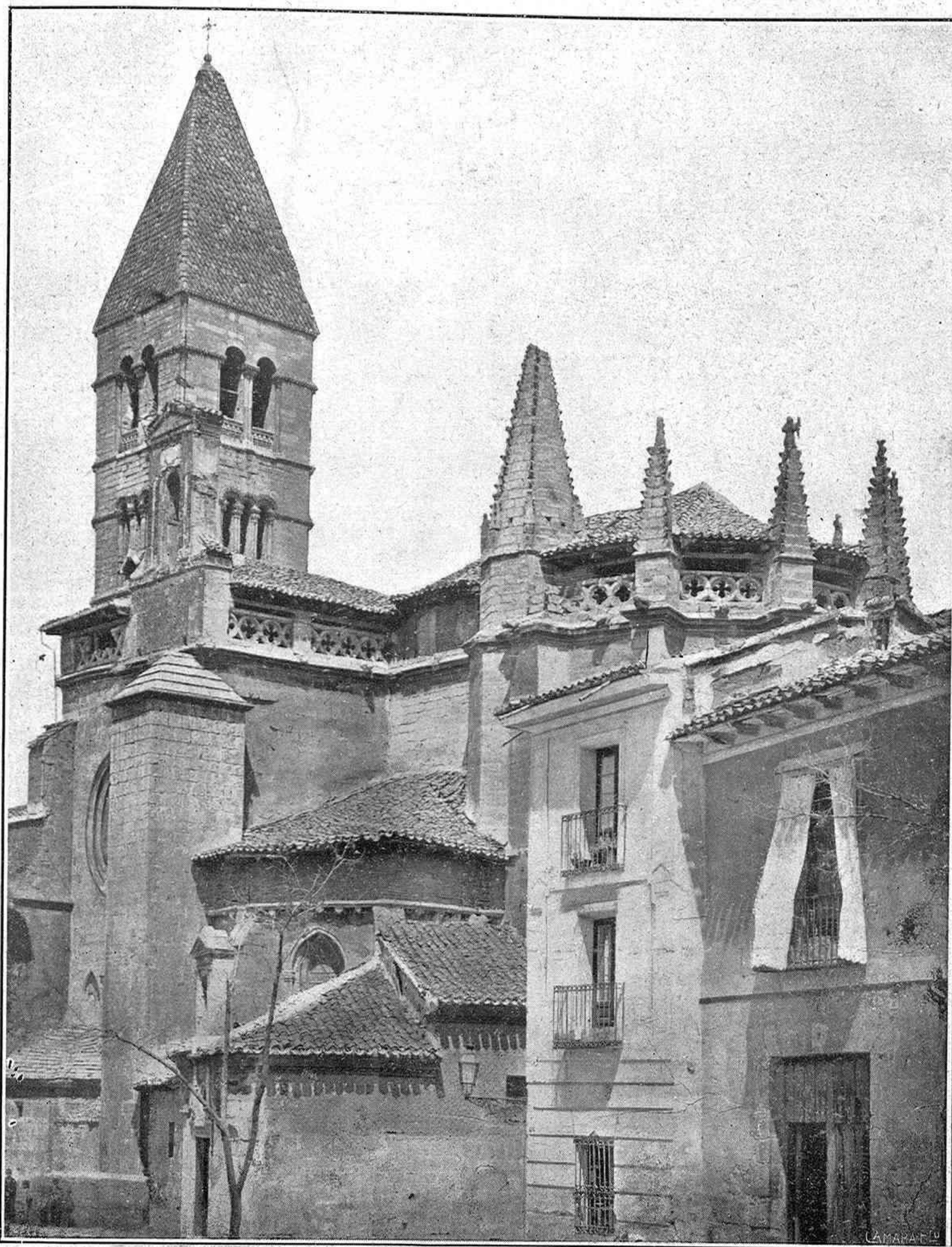
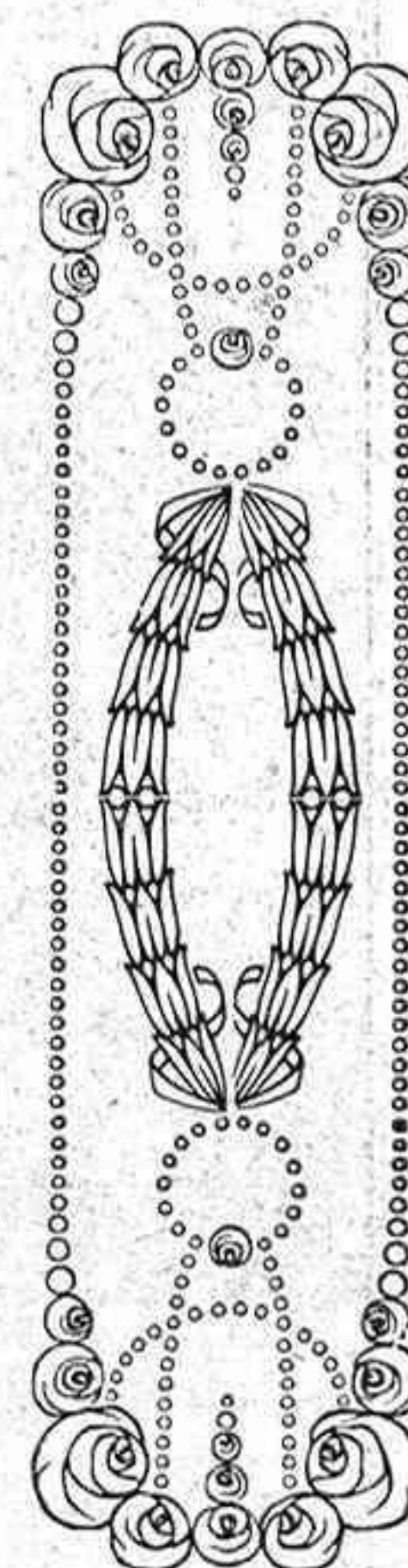
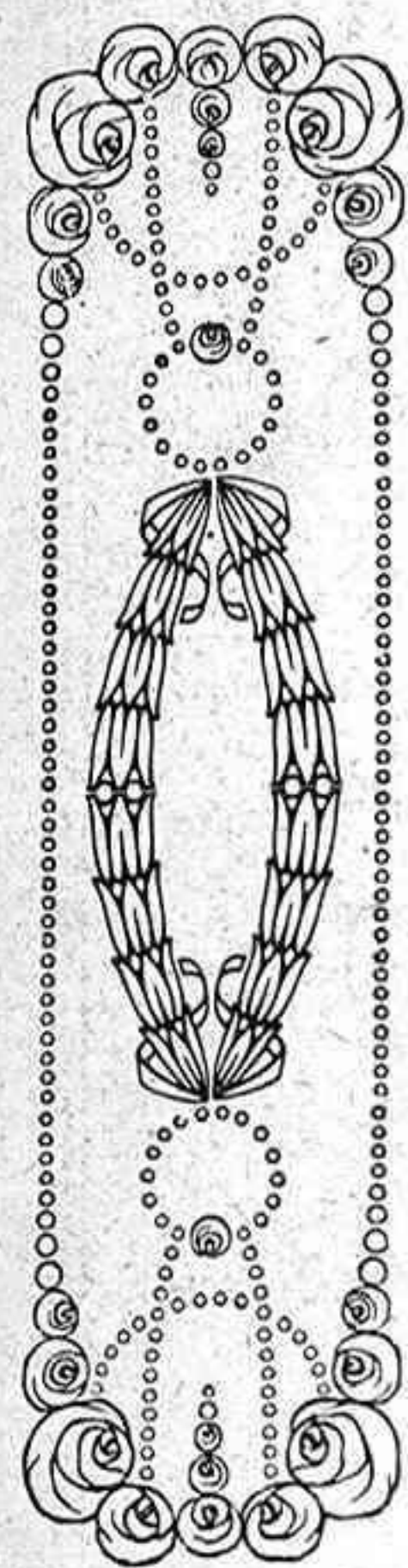
Casulla de terciopelo negro, decorada con perlas finas y bordado barroco



Casulla de tisú de plata con historias del siglo XV y ornamentación barroca

:: MIRANDO ::
AL PASADO

LA ANTIGUA



Valladolid.—Parroquia de la Antigua

Se conoce con este nombre, en toda la comarca de Castilla la Vieja, la antiquísima iglesia de Santa María, puesta bajo la advocación de Nuestra Señora de la Asunción. Templo de gran valor histórico, porque desde su origen va asociado á los principales acontecimientos de la iglesia valisoletana. Sagrado recinto que levanta su torre en las orillas del Pisuerga y del Esgueva, con la sencillez del carácter castellano, y dejando una suave y roja pincelada en la llanura amarillenta del valle de las Lides. Primitiva abadía que ya tuvo el nombre de Antigua, como siempre la siguieron llamando los naturales de la provincia, desde Valdestillas á Trigueros.

La Antigua es en Valladolid el monumento más anciano y venerable, como su torre es la más gentil, con la gentileza que llevan las valisoletanas cuando pasean por la acera de San Francisco.

Vais por la calle de Francos ó por la de las Cadenas de San Gregorio. Habéis pasado por la casa del Sol y por aquella otra que sirvió de capilla al condestable D. Alvaro de Luna. Y al desembocar en la plaza de Cabañuelas, rodeada de miserables casuchas, hállase la Antigua, con su estilo bizantino, la capilla de los condes de Cancellada, el retablo primoroso de Juan de Juni, las ventanas semicirculares, los adornos de bola y su torre cuadrada que remata en una pirámide cubierta de ladrillos encarnados.

Púsose la primera piedra el 21 de Mayo de 1095, se intentó convertirla en parroquia del palacio, fué cedida al abad D. Salto, estuvo regentada por Alonso el Tostado, el cardenal Mendoza y San Pedro Regalado—patrón este último de

la ciudad—, y debe su fundación á los condes doña Eylo y su esposo Pedro Ansúrez, cuya modesta sepultura está en la catedral, con una tablilla y unos versos que empiezan:

«Este gran conde excelente
hizo la iglesia mayor,
y dotóla largamente:
el Antigua y la gran puente,
que son obras de valor.»

Esa torre cuadrangular, que la mirada alcanza desde muy lejos, desde la calma infinita de la llanura, es, ya lo he dicho antes, sencilla y noble como los labriegos que aran y preparan la sementera en aquellas tierras de paz, sufridas y calladas. Tierras que nos dan el pan nuestro de cada día y el caldo sangriento de las cepas que saben el secreto de los más reñidos lagarejos, entre mozas y mozos que cantaron en las eras, después de dejar su sudor en los trigales dorados por el sol fecundante.

Cuando desde Aguilarejo se avanza por la recta carretera, divisándola se hace más corto el caminar y se inunda el alma de esperanzas. Es-

peranzas y amor, confianza en el porvenir, inspira esa torre contemplada á vista de pájaro desde los cerros de Cabezón, el pueblo poblado por Alfonso III, tan querido de Doña Berenguela y de Fernando III, donde murió Fernando I, testigo de la conferencia de Enrique IV y teatro en 1808 de la lucha contra los franceses, defendido el soberbio puente por el heroico guerrillero Juan Martín el Empecinado, que llevaba este nombre por haber nacido en Castriello de Duero.

Hay junto al puente una ribera y al otro lado una montaña. El Pisuerga baja bramando, y su bramido es en la noche como un himno

guerrero. Las ruinas de un monasterio repiten el eco del río y lo extienden hacia el valle. Hasta el soto, en los amaneceres de estío, llega el volteo de las campanas. Desde el monte, en esas auroras rosadas, se ve Valladolid. Y se destaca la torre querida, faro de los campesinos que van y vienen pausadamente por los largos caminos y se descubren al pasar por todos los santuarios.

La torre tiene significación en muchos cantares del pueblo, igual que las Moreras y el Campo Grande. Es algo muy algo de Castilla la Vieja que los naturales aman como cosa propia.

Durante siglos y siglos, fuerte como la raza, ha resistido las calamidades del Destino y muestra la constancia, que es reflejo del trabajo de sus hijos.

La torre de la Antigua ha presenciado las bárbaras y sangrientas colisiones entre los bandos de Tovar y de Reoyo, ha llorado la muerte de Isabel la Católica y ha visto navegar la primera barca por el canal de Castilla.

ANTONIO VELASCO ZAZO

PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA



ADMIRABLES CREACIONES QUE POR SU EXTRAORDINARIA FINURA Y FRAGANCIA
HAN DADO FAMA MUNDIAL A LA **PERFUMERÍA FLORALIA**

DIBUJO DE LOYGGORRI



¿Están Los Muebles De Ud.

opacos, con manchas de los dedos y recogen todo el polvo? ¿Tiene su fonógrafo, piano u otro mueble de caoba, un color azuloso? Puede Ud. sin dificultad devolver su belleza primitiva usando la



CERA PREPARADA DE JOHNSON'S

Limpia y pule en una operación—protege y conserva el barniz—cubre manchas y rayas superficiales—evita que el barniz se parta.

La Cera Preparada de Johnson es un PULIMENTO A PRUEBA DE POLVO. No contiene aceite y produce una superficie como cristal, que no recoge ni retiene el polvo. Jamás se pondrá suave o pegajosa en tiempo caluroso. Además de pulir muebles, también sirve para la conservación de

Pisos Automóviles Linóleo
Pianos Obra de madera Objetos de cuero

Si su vendedor no tiene los productos Johnson, él puede obtenerlos de

S. C. JOHNSON & SON, Fabricantes, Racine, Wisconsin, E. U. A.

FOTOGRAFÍA BIEDMA

Alcalá, 23.--Teléfono 730

Casa de primer orden ☐ Hay ascensor



De venta en todas las farmacias y droguerías.

Overland

TRADE MARK REG.

Sus características

Aspecto.—Sus líneas verdaderamente europeas, sus carrocerías perfectamente acabadas y colores acertados le dan el aspecto más atrayente posible.

Funcionamiento.—Siempre satisfactorio en potencia de motor, velocidad, seguridad y fácil manejo.

Comodidad.—La mayor que puede apetecerse, por sus movimientos suavísimos y ballestas cantilever.

Perfección.—Su motor es una maravilla mecánica, especialmente el arranque automático, reglaje instantáneo del carburador y elasticidad, al mismo tiempo que fortaleza de su maquinaria, le hacen superior a todos.

Precio.—La enorme producción de la fábrica (250.000) coches de construcción al año permiten dar todo lo dicho en precio módico.

Poseer un «Overland» es tener siempre billetes de Banco en el bolsillo.

GARAGE "EXCELSIOR"

Alvarez de Baena, 7 MADRID

WILLYS-OVERLAND, Inc.
Toledo, Ohio, E. U. A.

Crème Simon

J. SIMON PARIS

AFAMADA MARCA FRANCESA

Es, sin réplica posible, la mejor de las cremas de belleza para la hermosura de la cara

CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

REMEDIO ANTISEPTICO

de incomparable eficacia

SON LAS

PASTILLAS VALDA

QUE

EVITAN Y CURAN

la Tos, los Resfriados
Afecciones de la Garganta recientes ó inveteradas
Bronquitis agudas ó crónicas, Catarros,
Grippe, Trancazo, Asma, etc.

PERO HAY QUE TENER ESPECIAL CUIDADO
de no EMPLEAR más que
LAS VERDADERAS PASTILLAS VALDA

PEDIRLAS, EXIGIRLAS

en todas las Farmacias
en CAJAS de Ptas. 1.50

CON EL NOMBRE

VALDA en la tapa

AGENTES GENERALES: Vicente FERRER y C^{ía}
BARCELONA

Formula :
Menthol . . . 0.002
Eucalyptol . . . 0.0005
Azúcar-Goma.

ALHALAS

BRILLANTES, PERLAS, ORO, PLATA Y PLATINO SE PAGAN COMO EN NINGUNA PARTE :: VENTA DE BANDEJAS, CUBIERTOS, VAJILLAS Y VARIOS OBJETOS PLATA DE LEY, AL PESO FERNANDEZ Y VEIGA, ESPARTEROS, 16 Y 18, TELEFONO 2.529, MADRID

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

**ESTÓMAGO É
INTESTINOS**

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID

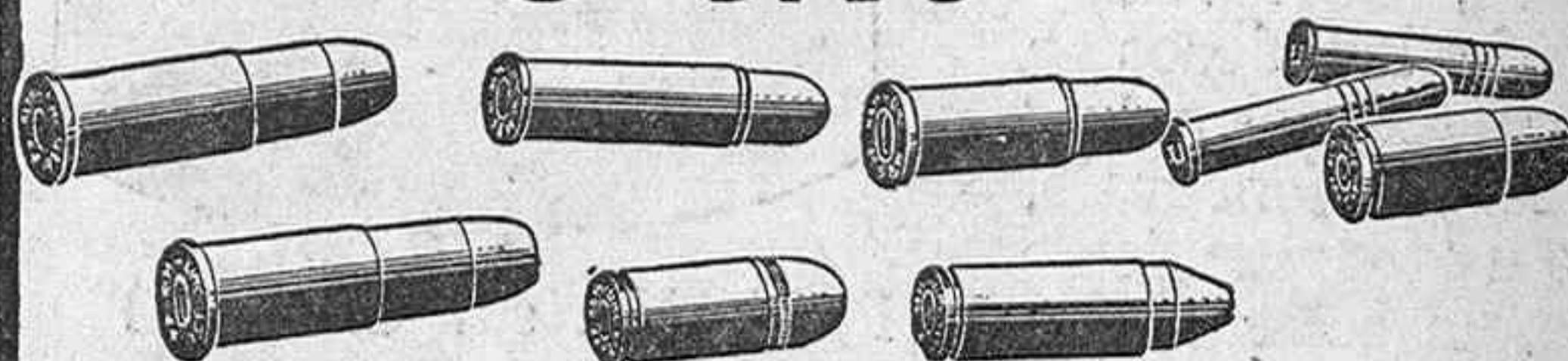
➔ Sucursal de LA ESFERA ➔
MUNDO GRÁFICO y NUEVO MUNDO

LIBRERIA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

FUNDADA EN 1854 • APARTADO 97
Se remite gratis, á quien lo solicite,
☞ Catálogos y su Boletín mensual ☞

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 12
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Camisas, Guantes, Pañuelos, Casa fundada en 1870.

**Remington
UMC**



LOS cartuchos Remington UMC se hacen y prueban para funcionar en toda marca conocida de pistola o revólver. Por su precisión uniforme y confianza absoluta son los favoritos de todo aquel que usa esta clase de arma de fuego, ya sea el tirador experto o la persona que simplemente busca su propia defensa y seguridad.



Se enviará un librito especial gratis a quien lo solicite.

**Cartuchos para
revólver y pistola**

REMINGTON ARMS UMC COMPANY
B-1 233 BROADWAY NUEVA YORK

**REMINGTON
UMC**

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS